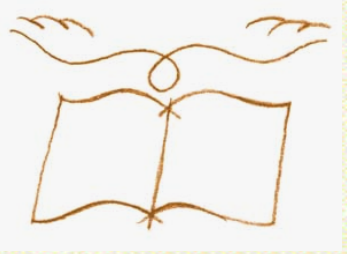
HIMNOS



Homenaje de un alma
a la obra divina

HIMNOS

ÍNDICE

MAJESTAD CELESTIAL *Pág.*

1 – Padre 4
2 – Jesús 5
3 – Espíritu 6
4 – Trinidad 7
5 – Señor de lo creado 8
6 – Jesús sacramentado 10
7 – Santa Virgen María 11
8 – Santa Madre de dolor 12
9 – Santa Madre del goce 13
10 – Camino de la cruz 14

AL MISTERIO DE LA LUZ

11 – Bautismo del Señor 15
12 – Las bodas de Caná 16
13 – Anuncia el Evangelio 17
14 – La transfiguración 18
15 – La cena del Señor 19

AL MISTERIO DEL GOCE

16 – El anuncio del Ángel 20
17 – Visita de María 21
18 – Nace el Hijo de Dios 22
19 – La familia en el Templo 23
20 – El Niño entre doctores 24

AL MISTERIO DEL DOLOR

21 – La oración en el huerto 25
22 – Atado a la columna 26
23 – La corona de espinas 27
24 – Cristo carga la cruz 28
25 – Crucificado y muerto 29

AL MISTERIO DEL JÚBILO *Pág.*

26 – Jesús resucitado 30
27 – Ascensión a los cielos 31
28 – El Espíritu Santo 32
29 – María asume al cielo 33
30 – María reina y madre 34

VIDA ESCONDIDA

31 – Vida escondida I 35
32 – Vida escondida II 36
33 – Vida escondida III 37

LA VIDA DE MADRE

34 – I -La elección secreta 38
35 – II-Visita a otra elegida 39
36 – III-Un viaje al nacimiento 40

JOSÉ, EL CARPINTERO

37 –I-Era alguien*(cuando fue elegido)* 41
38 –II-Fue más 42
(cuando perdonó a la sierva santa)
39 –III-Fue el único 43
(cuando guió a Dios)

EL PUEBLERINO REY

40 –I - Niño,conociendo su nacimiento 44
sabía de su muerte.
41 – II-Ya es: el mundo; el pueblo; 45
la región; el confín de la tierra.
42 – III - Les obedecía 46

LA NAZARENA: REINA

43 –I - Lenguaje de la casa 47
44 –II - El servicio de la vida 48
45 –III - La gestación ocupa la vida 49

Pág.

LENGUAJE DE DIOS

46 – I - La vida es, antes de nacer a la vida 50
47 – II - Pensar lo del mundo. Un cuerpo para el mundo 51
48 – III - Pensar lo del cielo. Un alma para el cielo. 52
49 – IV - Estar como presencia. (Es lo dado antes como:pre-esencia) 53

EVANGELIO MEMORABLE

I – La samaritana 54
II – Buscar la perla 55
III – Tesoro escondido 57
IV – Masa que fermenta 58
V – La semilla pequeña 59
VI – El sembrador 60
VII – "Mi Padre y Yo" 61
VIII – ¿Qué dicen…? 62
IX – ¿A quién iremos…? 63
X – Orar 64
XI – Inútil dar coces al aguijón 65
XII – El galardón del cielo 66
XIII – Los encontró durmiendo 67
XIV – Los que creen en su Nombre 68
XV – Bendita tú 69
XVI – Paz a los hombres 70
XVII – Signo de contradicción 71
XVIII – Preparad el camino del Señor 72
XIX – Este es mi Hijo, muy querido 73
XX – Soy la voz 74
XXI – Magnifica mi alma al Señor 75
XXII – Señor, ¿a quién iremos? 76
XXIII – Vendrán muchos 77
XXIV – Quien tenga sed 78
XXV – La barca lejos de la costa 79
XXVI – Vendrán los Ángeles 80
XXVII – ¿Comprendieron... ? 81

TIMEO DEUS TRANSEUNTE

Alabanza al recuerdo de lo divino

I – El agrado 82
II – Sinceridad 83
III – Rectitud 83
IV – Un paso nuevo 84
V – El día 84
VI – La verdad 85
VII – La fe 86
VIII – La esperanza 87
IX – El amor 88
X – El maestro 89
XI – El deseo 91
XII – La bondad 92
XIII – El tiempo 93
XIV – El lugar 94
XV – El viaje 95
XVI – El cuerpo 96
XVII – La disculpa 97
XVIII– El perdón 98
XIX – El ser 99
XX – La presencia 100
XXI – El alma 101

ALABANZAS -

Al cumlimiento de todos los fines

(La vida eterna)

I – Designio del Padre 102
II – Destinación del Hijo 103
III – Gracia del Espíritu 104

ALABANZA DE DESPEDIDA

—— Te alaba el día —— 105

Rodolfo Daluisio
2007-08

1 - PADRE

Majestad celestial

Padre, de quieta esencia,
de eterna luz feliz,
quisiste ser raíz
de toda pertenencia.

Padre que rebasaste
tu generosidad,
de tu viva bondad
toda vida creaste.

Padre de innata fuerza,
que lo fuerte sostienes,
Tú conviertes en bienes
lo que el mundo dispersa.

Principio Creador.
Espiritual aliento.
De todo nacimiento
en luz, dispensador.

Padre, perpetua vida,
fuente de la virtud,
en Ti se halla salud
en unión convivida.

Padre de lo escondido
al ojo pecador,
rescata el esplendor
del alma que ha caído.

Padre de la promesa,
surgente de bondad,
perpetua santidad
donde el perdón regresa.

Sustento elemental
del deseo del alma,
que desea tu calma
y tu amparo final.

Padre de lo creado,
con el Hijo dador,
vuelve el alma al amor
de tu Espíritu ansiado.

2 - JESÚS

Jesús, tuya es la vida
dueño del alma amada,
le das una morada
por la gracia escondida.

Jesús del alma amante
pides al alma amor,
convierta a Ti al dolor,
a Ti su amor distante.

Jesús cercano al alma,
pides oído bueno,
y en su precioso seno
se oiga tu voz que llama.

Nutricio Creador.
Espiritual sustento.
De corazón atento.
De la gracia Dador.

Jesús, camino y vida,
al alma das tu cielo,
en el sublime vuelo
de la muerte a la vida.

Jesús, martirizado,
tu sangre en el flagelo
se dispersa en el suelo
por Ti santificado.

Jesús, crucificado,
invitas en la ofrenda
a seguir esa senda,
que se eleva a tu lado.

En la muerte Dador.
En la tumba ofrendado.
En secreto buscado,
como ansiado Señor.

Jesús, resucitado,
en el Padre te igualas;
y el Espíritu exhala
el perdón recobrado.

3 - ESPÍRITU

Majestad celestial

Espíritu divino,
alma del alma amada,
casa de luz colmada,
y huella del camino.

Espíritu que vienes
de campos de infinito,
hasta encender el rito
que el más allá contiene

Espíritu, sosiego
del tiempo que se inquieta,
en el ansia secreta
que te dice su ruego.

De las aguas, viajero,
que se ahonda en la fuente;
por la vida surgente
en la luz mensajero.

Espíritu deseado
al desear compasión,
cuando un buen corazón
te desea alumbrado.

Espíritu, primicia
del devenir gozoso,
que el día valeroso
regala en su noticia.

Espíritu anunciado
en la gracia bendita,
del dolor que palpita
en la cruz de lo amado.

Del aire magisterio
que el origen revela,
al destino que vuela
hasta el sabio misterio.

Espíritu Dador,
donde el Padre genera,
por el alma que espera
al Hijo Redentor.

4 - TRINIDAD

Trinidad de Personas
en un solo Señor.
Uno solo el amor
aunque tres las coronas.

Trinidad del misterio
que se encierra en un trono,
en el dulce abandono
de esencial magisterio.

Trinidad que se dice
en auténtica luz,
en el tres la virtud
que la gracia bendice.

Trinidad convivida
en el seno divino,
donde busca un destino
nuestra alma encendida.

Trinidad creadora
en la eterna alegría.
En el fuego del día
concebido en aurora.

Trinidad de la vida
de la única esencia;
desde el Padre la ciencia
de la faz escondida.

Trinidad en el don
que da el Verbo engendrado.
En su voz, lo creado
vuelve a ser bendición.

Trinidad en el Alma
que a las almas anima,
del Espíritu cima,
y morada en la calma.

Trinidad en el Uno.
Padre, fuente del tres.
Hijo amado en el bien
tres, Espíritu, y Uno.

5 – SEÑOR DE LO CREADO

Señor de lo creado,
la luz de Ti nacida
de toda luz vivida
de gracia la has colmado.

En libertad serena
se da como criatura:
la claridad procura
o la sombra encadena.

Como el árbol frondoso
es belleza del prado;
un cobijo buscado
del benigno reposo.

Señor sustentador
de la surgente vida,
Tú das en la medida
despertado fulgor.

Como la sangre mueve
a la luz vigorosa
por la vía copiosa
que la vida promueve.

Como el fiel pensamiento
que recorre lo ansiado,
por el valle confiado
que anidó al sentimiento.

Todo tiene bondad
de regalo precioso,
que se da venturoso
como propia heredad.

Señor de lo donado
en salud agraciada,
es tu misma morada
lo glorioso creado.

Señor de la presencia,
Señor de la belleza,
en tu misma pureza
es tu amor nuestra herencia.

6 – JESÚS SACRAMENTADO

Majestad celestial

Jesús sacramentado,
en la custodia santa
del altar consagrado.
Por el pulso viviente
lo divino presente,
y el Señor ofrendado.

Atractivo silencio
de una viva memoria,
que anuncia redención.
Evangelio vivido
en amores vertidos
por la santa pasión.

Una quieta conquista
del tesoro de un cielo
que nos guarda un altar.
Donde Dios inmolado
viene al alma confiado
por quererse quedar.

Gime el tiempo apretado
en apuros del alma
que le cuesta apreciar,
lo que Dios nos ha dado,
en el pan consagrado
que nos viene a esperar.

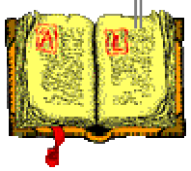
Bienvenida en el goce
la visita del alma;
una luz no declina
al saber anunciado
ese santo llamado
que hasta el alma se inclina.

Comunión de deseos:
los de Dios anunciados;
en la fe la criatura;
que el altar consagrado
es el cielo rezado
de una buena ventura.

Es espera segura
en el quieto Señor,
que no quita su don.
Por el tiempo sagrado
que no huye a un pasado
en su eterna misión.

Jesús sacramentado
en la santa custodia,
donde el pan ya se ha dado
por el alma doliente,
en la plena vertiente
del Señor prodigado.

Solo resta que el alma
reconvierta su senda.
Y en el paso abismado
quiera en bien igualar
su camino al hogar
en el cielo esperado.



7 – SANTA VIRGEN MARÍA

Majestad celestial

Santa Virgen María,
dice el Ángel enviado,
que de Dios va colmado
tu beatísimo ser.

Santa Madre de Dios,
se te pide un camino,
en diverso destino
que del mundo se espera.

Santa Madre del alma,
va creada y herida,
en los siglos vencida
la esperanza del alma.

Santa faz de pureza,
pone en Ti plenitud,
redención y salud
El que en Ti es concebido

Santa luz sin doblez
va tu "si" con tu amor,
que no teme al dolor
abrazado en el Hijo.

Santa pena que reza
en el duelo de cruz
que contiende Jesús
rescatando a la vida..

Santa sed de perdón
piedad inmaculada,
con la muerte anudada
por amor a su Dios.

Santa y fiel devoción
en el llanto bendito,
que perdura en el rito
de la santa pasión.

Santa Madre en el Hijo.
Santa hija en el Padre,
del Espíritu esposa
y en nosotros la Madre.

8 – SANTA MADRE DE DOLOR

Santa Madre de dolor
viene a orar Jesús al Huerto,
del hombre desierto
del perdón negado.

Porque el hombre juzga a Dios
y le impone su condena,
le da sus cadenas,
lo ata a su mal.

Se condena con la muerte,
Santa Madre de inocencia,
a la dulce herencia
que nos da su cielo.

La tristeza ya sentida
traspasó tu corazón,
cuando Simeón
te anunció la espada.

Azotado el Inocente
castigando al Santo,
suelta ahora el llanto
de la Madre en pena.

Santa paz de adoración,
que va cerca de la huella,
señalada estrella
del divino Cristo.

Madre del beso en la piedra
donde la herida tropieza,
en la sangre besas
a tu Hijo en Dios.

Abrazado con la cruz
solo ve la salvación.
Donde va el perdón
va con él la ofrenda.

La caída del vencido,
en la burla señalado,
deja a Dios callado,
y en tu amor silencio.

Madre del Verbo amoroso,
que se une a Tu mirada,
y te hace aliada
del dolor que salva.

Poco se lleva el castigo
de la venganza vacía,
del hombre agonía,
de Dios caridad.

En el alma que se acerca
y le deja su caricia,
viene la justicia
de la compasión.

Sepa el hombre que quien cae
es el mismo Dios herido,
en Jesús ungido
como Verbo eterno.

No llore el alma del mundo
como por la carne llora,
sino como implora
por su Hijo la Madre.

En la última derrota
donde cae toda esperanza,
lo más alto alcanza
al amor de Dios.

Madre del último sitio,
Tú, Madre del despojado,
al bien desolado
le diste tu entraña.

El Señor crucificado
lo da todo de lo suyo,
como Hijo tuyo
te hace Madre nuestra.

Con la muerte cara a cara
Él redime nuestra vida,
en la honda herida
de su corazón.

Danos Tú la salvación,
que ahora yace entre tus brazos;
Madre del regazo
donde nace el Cristo.

Desde el tumo de la piedra
hasta el día de la gloria.
Hasta la victoria
de la unión con Dios.

Himno_8 – Santa Madre de dolor -

Maiestad celestial

9 – SANTA MADRE DEL GOCE

Santa Madre del goce
que alumbró aquella aurora,
cuando el llanto que implora
se trocó en alegría.

Llega el alba del día,
aquel día agraciado,
día nuevo y ansiado
que creara el Señor.

Día del Salvador,
en que ha resucitado;
a la muerte quitado
y a la luz resurgido.

Santa Madre del Niño
que en el bien del hogar,
comenzara a enseñar
en las cosas del Padre.

Si debiera su sangre
aplacar el castigo,
que en la verdad testigo,
venga a dar salvación.

Que tan solo el perdón
enaltece en el hombre
el infinito Nombre
del Señor de los cielos.

Madre del hombre nuevo
concebido en tu Hijo,
que amoroso predijo
el camino celeste.

Ya no llores la muerte
Madre del Esperado;
en el resucitado
todo vuelve a la vida.

Madre de la alegría,
que renueva los ritos
y el dolor de lo escrito
viene en júbilo ansiado

Como nunca el pasado
realizó la esperanza,
se elevó la confianza
en el Hijo del Hombre.

Madre del Santo Nombre
ante el cual todo el cielo
los infiernos y el suelo
se arrodilla y adora.

Madre corredentora,
del Padre inmaculada,
en el Hijo morada,
del Espíritu esposa.

Ven que el alma te nombra
desde el fin de la pena,
donde nuestra condena
pide ser cancelada.

Madre glorificada,
lleva al alma ante Dios,
si por tu corazón
hace al cielo su casa.

10 – CAMINO DE LA CRUZ

Camino de la cruz
que transitas el juicio
del humano desquicio
que va en pos de la luz.

Anunciada salud
en la contradicción:
la mortificación
necesita virtud.

Una fuerza desnuda
predispone a la vida,
a la simple caída
tan escasa de ayudas.

Donde más se venera
el origen amado,
como el dulce llamado
de una madre sincera.

Traspasada frontera
donde va el desvalido,
que desluce al descuido
cuando en bien desespera.

Pero al lado se prueba
una fiel compañía,
que se da y se confía
al fervor que renueva.

Cuando igual se doblega
al castigo que tumba,
o al dolor que derrumba,
y su triunfo no llega.

Aunque el llanto del mundo
deje expuesto el fracaso;
solo el fiel es regazo
por valiente y fecundo.

Como un fruto maduro
que se da en alimento,
viene Cristo al sustento
en el vaso más puro.

Despojado de mundo
y desnudo de sí.
Aromada raíz
donde todo es profundo.

El amor inocente
entregado en la cruz,
que la sangre es la luz
en el cielo esplendente.

Llega Cristo a la muerte
en el Padre entregado,
como un vino sagrado
que en el alma se vierte

Pero yace callado
en la paz de María,
como un llanto vigía
del Señor adorado.

En la piedra ausentado
a buscar lo ya muerto,
para un cielo despierto
en lo resucitado.

11 – BAUTISMO DEL SEÑOR

Bautismo del Señor
en el Jordán sagrado.
Quien bautiza es honrado,
y el bautizado honra.

El Espíritu enciende
como alas de paloma;
su presencia y su idioma
que hasta el Hijo desciende.

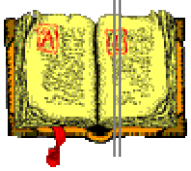
En la voz que bendice
habla el Padre arrobado:
"Este es mi Hijo amado
escuchad cuanto dice".

Y en el Hijo divino
todo habla del cielo;
el anuncio y el celo,
la niñez y el camino.

La humildad, la pobreza
como un don revelado.
El dolor anunciado
como ofrenda que reza.

Dice el Hijo de Dios
traspasando a la muerte:
"alegraos", en el fuerte
que les da redención.

Un deseo bendito
en el alma creada,
hace alta morada
de lugar infinito.



Por la vida donada
en deseo ferviente,
una alta vertiente
en la gracia ya dada.

Por el Hijo, el deseo
en el Padre deseado,
el Espíritu aliado
infinita al deseo.

Dios al deseo crea
como supremo don,
y darse en el perdón
cuanto en amor desea.

Si al deseo ferviente
en infinito da,
para *-/rer llegar
hasta la eterna fuente.

Quiera el alma desear
lo del Señor del cielo;
y en el desear el vuelo
vuele al divino hogar.

Por el Jordán sagrado
vuele el alma a la fuente
de la gracia surgente
en el don bautizado.

Lo eterno en lo nacido.
Senda del cielo abierto.
Si quien entra a lo muerto
surge a lo redimido.

12 – LAS BODAS DE CANÁ

Las bodas de Caná.
En afecto invitados,
María, y a su lado
Jesús, a celebrar.

Al llegar a la fiesta
un regalo en las manos;
el corazón cercano
a festejar se apresta.

Ingenua la pobreza
quiere darse al encuentro,
brillando desde adentro
de la feliz promesa.

La generosidad
que multiplica el gesto,
reunir, aunque modesto,
muchos en amistad.

En medio de la danza,
la Madre precavida
la dignidad no olvida
y advierte una acechanza.

En secreto afectuoso
dice: "no tienen vino";
y la inquietud previno
un mal, en lo penoso.

Jesús, nunca lejano,
contesta: "no es mi hora";
pero la Madre implora
en su silencio llano.

Ella indica prudente:
"haced cuanto Él os diga".
Y en el amor se obliga
el milagro obediente.

Las tinajas portaron
con el agua abundante,
y con ellos delante
el agua en vino hallaron.

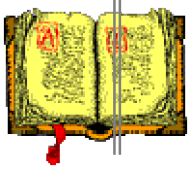
Lo que nunca se ha visto,
que en mayor alegría
fuera el vino la vía
de fiarse del Cristo.

Así mismo sucede
en el don del altar,
como sangre se da
cuanto en vino procede.

Que el discípulo cree
cuando el vino y el pan
en milagro se dan
redimiendo en la fe.

Es el mismo Señor
que viene a lo pequeño,
como amoroso dueño
y humilde bienhechor.

Si las bodas de Dios
todavía precisan
el vino que realiza
el milagro mayor.



Cuando allí el alma arribe
demos nuestro presente,
de la gracia inocente.
que eterna se concibe.

13 – ANUNCIA EL EVANGELIO

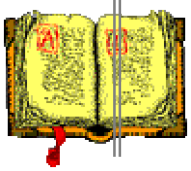
Anuncia el Evangelio
ante mi oscuridad,
el Señor Jesucristo.
Anuncia el Evangelio
en la puerta del alma,
ante mi soledad.

Tiene nombre mi alma
y en el bien se la nombra:
la creada por Dios.
Se la llama al rescate
desde un reino de sombra,
como hija de Dios.

Ella escucha su nombre
en el don de la fe,
del Pastor de las almas.
Y se sabe alumbrada
desde la pequeñez,
de un amor que la ama.

El anuncio le dice:
eres alma feliz
por la gracia que vuelve.
El perdón te devuelve
la alegría de abrir
para ti todo el cielo.

Felicidad del pobre
que en la simple bondad
es libre para darse.
Cuando da de lo suyo
deja andar la piedad,
que es un bien del Señor.



Y lo acerca al hermano
para saberse unidos
en la paz del camino.
si es feliz el que sufre
que no teme lo herido
desprenderlo de sí.

El pacífico es fuerte.
El que quiere justicia
con su sed y su hambre.
Quien llora porque ama
obtendrá la primicia
del consuelo perenne.

Feliz el perseguido
por amar la verdad,
que un tesoro conserva.
Tesoro de tener
la perenne heredad
de ser hijo de Dios.

Hay un trono vacío
en el alma aludida
por la Palabra santa.
El anuncio la llama
a colmar su medida
con la gracia infinita.

Se crucifica a Cristo,
y al mundo en cruz con Él,
por el pan consagrado.
Y se transforma el alma
en otro cristo fiel,
para llegar a Dios.

14 – LA TRANSFIGURACIÓN

La Transfiguración
del Hijo al don divino.

Jesús resplandeciente,
su rostro y sus vestidos
en la blancura inmensa,
luz de amor encendido.

Quienes más alumbraron
de Dios la profecía,
que fundó la palabra
en Moisés y en Elías.

La Palabra en el Verbo
que se da por los tres,
los discípulos nuevos
elevados en fe.

La Transfiguración
en la unión de lo tiempos.

La cita del Señor,
que nos llama a la luz
del antiguo precepto
a la paz en la cruz.

La cita de los mundos
del perdón prometido,
al perdón ofrendado
por la cruz renacido.

La cita de la cumbre
en lo alto de Dios,
de sentirse en el goce
del seno redentor.

La Transfiguración
para el hombre llamado.

Estamos bien aquí.
Fijemos la morada
resguardada de amor,
y en amor perpetuada.

Y gozando sin triunfo,
como amando sin pena,
alumbra sin ofrenda
en la unión sin entrega.

Si no sabe qué dice
el hombre que desea
apropiar lo sublime
del bien que lo rodea.

La Transfiguración
en el don revelado.

Este es mi Hijo amado.
este el Hombre glorioso.
este es el hombre todo,
el hombre venturoso.

Este es el hombre digno,
el hombre sincerado,
el hombre que ama a todos.
Este es mi Hijo amado.

El hombre que no olvida.
el que ama mi Nombre.
El hombre que se inmola
para salvar al hombre.

15 – LA CENA DEL SEÑOR

La Cena del Señor.
La hora preparada
en la promesa ansiada
del regreso a la gracia.

La hora señalada,
que inicia el cumplimiento
de un santo sacramento,
hasta el sello del tiempo.

La hora de la alianza
que liga a lo divino,
hasta exhausto el destino
de la verdad testigo.

La hora de la fe
de entender lo completo.
Una luz en secreto,
de una espera segura.

La hora de la unión
de las almas llamadas,
a la vida gestada
en el cuerpo de Dios.

La hora de la entrada
al Espíritu puro,
donde no hay más futuro
sino perenne edad.

La hora de la Madre
por el alma gestada;
en Jesús prohijada,
en Ella concebida.

La hora del festín
de la boda divina,
donde todo culmina
perpetuado en lo nuevo.

La hora de la altura
del memorial sagrado.
Vino y Pan propiciado
en la vida de Dios.

16 – EL ANUNCIO DEL ÁNGEL

El anuncio del Ángel
descubre del misterio
el don de la presencia,
como un fruto maduro.

El anuncio del Ángel,
perfecto magisterio
de plena pertenencia;
completo el signo puro.

Con el tiempo colmado
enviado ya el anuncio;
la doncella elegida;
y la esperanza en paz.

El fin de lo agraciado
da cumplido el mensaje;
la redención se anida
en la gracia eficaz.

Nacerá de tu seno
del Altísimo el Hijo.
Reinará para siempre
en un reino sin fin.

Del Espíritu Santo
la sombra de lo alto.
Su nombre: "salvador".
Llamado "Hijo de Dios".

Solo falta se diga
la voluntad preciada,
en íntima confianza
del diálogo del alma.

Si en el amor se obliga
María inmaculada:
dice el "si" de su alianza,
que une a Dios con el alma.

Como en tiempos cristianos
en cada corazón
se espera diga el "si"
de la vida agraciada.

Para Dios soberano:
el "si" de comunión.
Y al hermano es un "si"
de la paz revelada.

Por la fe concebida
la promesa del Hijo;
reinará por lo eterno
y reinando, servir.

Del Espíritu Santo
elevada a lo alto,
el alma que es imagen,
como hijo de Dios.

17 – VISITA DE MARÍA

Visita de María:
a devolver la gracia,
por tanto beneficio
que Dios le profería.

Isabel, a su edad,
precisaba de ella;
entendiendo el milagro
como fiel caridad.

Sin temer al progreso
de pronta gravidez,
María va al encuentro
de la revelación.

Las dos en la pureza.
María por la gracia,
que vive inmaculada
en eterna belleza.

Isabel por la vida,
que el dolor la marcara
con el pulcro desierto
de aceptación ceñida.

Del Ángel Dios envía:
desde María el Verbo,
por Isabel, la voz,
el rito en Zacarías.

Para que a mí, ¿quién soy?,
vengas de mi Señor
la madre, que al saludo
el niño se exaltó…?

Dice:"bendita eres",
la madre del profeta.
Tu Hijo te bendice
de todas las mujeres.

Oír la bendición
signó para María
elevar la mirada
a la eterna misión:

Magnifica al Señor
lo que hizo en mi alma;
y se llena de gozo
en Dios, mi salvador.

Me llamará feliz
todo lo generado.
Hizo, en su nombre santo
grandes cosas en mí.

La fuerza de su brazo
derribó a los soberbios,
del trono al poderoso;
y el humilde elevado.

Al hambriento colmado,
a los ricos vacíos.
Su pueblo socorrido;
a su cielo llamado.

Visita de María
en la simple constancia,
que el Hacedor comparte,
y en la bondad confía.

Por el "ave María"
nos ponemos en gracia.
Y en "ruega por nosotros"
el alma en Dios se fía.

18 – NACE El HIJO DE DIOS

Nace el Hijo de Dios.
el Hijo de María.
Nace el Hijo del hombre.
El Hijo salvador.

Salvoconducto y guía,
puente, camino y meta.
Fin de todas las cosas,
de toda profecía.

Nace el todo en la parte,
el infinito en tiempo.
La senda en la llagada
El solo que comparte.

Nace luz entre sombras.
Por fuera de lo suyo,
de lo impropio, lo propio
por la voz que lo nombra.

Nace como palabra
que alumbra la verdad,
en medio la mentira
que aturde sin palabra.

Hijo del perseguido.
Hijo del afrentado.
Del ofendido pecho
de orfandad desvalido.

Nace del alma hermano.
Creador y criatura.
Hacedor engendrado.
Lo divino en lo humano.

En una sola alma,
por la contradicción,
nace al bien cada día,
como en todas las almas.

Nace Dios en el Hijo,
y nace el alma en Dios.
Por la Madre que media
en el eterno amor.

19 – LA FAMILIA EN EL TEMPLO

La familia en el templo,
en la felicidad
de un regalo bendito,
que el cielo suele dar.

Del Espíritu el Hijo,
el que busca morada,
por dejarla en el cielo
y en la tierra no hallarla.

La sorpresa del bien:
profecía anunciada,
por el Ángel venida
en tesoros de fe.

Del Espíritu esposa
la completa de gracia,
María, que obedece
la voluntad de Dios.

La morada del cielo
que demora en el Templo,
y en el alma es morada
en memoria y encuentro.

Del Espíritu el hombre,
el varón bueno y fiel.
El que une a las almas;
justo amor en José.

El Espíritu otorga
a la Madre elegida,
dar la ofrenda del Hijo
en el Hijo vivida.

Ser la Madre nutricia
de su sangre y su cuerpo.
Ser la leche bendita
en el Templo que es cuerpo.

Y José, en la pobreza
en bien de estar dispuestos,
la yunta de palomas
lleva, en rito modesto.

Simeón profetiza
de la antigua palabra,
con la nueva en un Niño
que a su Madre consagra.

La vida de este Niño
será contradicción,
de salvación y ruina
para el pueblo de Dios.

Tu corazón de Madre
traspasará la espada.
Por ver los pensamientos
de las almas creadas.

Gloria a Dios en un Niño.
Gloria al Padre en la Madre.
Gloria al Hijo en José,
casta imagen de padre.

El Cordero ofrecido
en seno inmaculado.
Libertad a los hijos
en perdón liberados.

20 – EL NIÑO ENTRE DOCTORES

El niño entre doctores,
en el asombro audaz
de sabia inexperiencia
y raro descifrar.

Preguntas que penetran
e inquieren lo sincero,
con la verdad que alumbra
presencias y senderos.

Presencia de este Niño,
de aseverar "Quién es".
Presencia de lo santo,
para saber qué hacer.

Sendero de la estrella,
de su destinación.
Sendero del profeta
que anuncia su misión.

Presencia de las almas
ante el Hijo divino.
Sendero de Dios Padre
que en luz, se hace camino.

Presencia del mensaje
en su tiempo colmado.
Sendero de confianza,
porque el cielo ha llegado.

Mas el hombre, encerrado,
ya se vuelve complejo.
Aunque añora lo simple,
se anuda en lo perplejo.

Si no quiere dejar
su convención de mundo.
Y un niño es la molestia
a su juicio errabundo.

La Madre, que va unida
con el alma del Hijo,
siente al mundo que avanza
sobre el dolor del Hijo.

Dolor de comprobar
que el orgullo no cede,
en imponer su estigma,
que en la falsía hiere.

El dolor de no hallarlo
en la pureza propia,
e imponer de la ley
diferencias impropias.

El Niño se ha sentado
en su cátedra amable,
para entender a Dios
en bien de lo durable.

Si las cosas del Padre
deben ser atendidas.
Cosas del testimonio,
de la ofrenda vivida.

Juntos en Nazareth,
vuelve el Niño a su luz,
a la espera virtuosa
de la inocente cruz.

21 – LA ORACIÓN EN EL HUERTO

La oración en el huerto;
la noche de la ofrenda.
La caída abismal
donde se hundió lo muerto.

La oración del pecado
que reúne a los tiempos,
por la misericordia,
en el inmaculado.

La oración de Jesús,
sintiendo sobre el alma
el principio y el fin,
de tinieblas y luz.

Sintiendo en la espesura
la herida del pasado,
que lastima en un llanto
toda pena futura.

Detrás de la enramada,
en su puesto caído,
mi alma va esperando
sea vista su nada.

Todo pasa en la luz
del amor agraciado,
el infiel, el ingrato,
la traición y la cruz.

Todo pasa en el alma
del ahogado en plegaria,
que descifra lo eterno
en el hombre que clama.

Si del barro turbado
que vació su esperanza,
queda un don en la sangre
de Jesús arrumbado.

Calla el Padre el dolor.
Calla el Hijo la pena.
El Espíritu calla
la prisión del amor.

22 – ATADO A LA COLUMNA

Atado a la columna
va el autor de la vida.
La columna es el alma
en el pan del amor.

Atado a la columna
va el mentor de los días.
La columna es el Padre
en clemencia rector.

Atado a la columna
el que todo hace nuevo.
La columna es el Hijo
desbordando de ardor.

Atado a la columna
el que en Dios diviniza.
El Espíritu es tallo
que encolumna al dolor.

El azote descifra
cada pena olvidada.
Va pagando una deuda
donde brota la llaga.

El azote repite
su lenguaje angustiado,
como vuelve el olvido
a olvidarse de Dios.

El azote insolente
pone un nido en la sangre,
que protege y se ofrece
en mortificación.

Atado a la columna
el amor del Esposo.
La columna es la casa
que resguarda al perdón.

Atado a la columna
corre el cielo de Dios,
que desgrana lo eterno
como santa pasión.

23 – LA CORONA DE ESPINAS

La corona de espinas
tiene una espina mía,
que Jesús la conoce
porque lastima.

Jesús duele mi espina
como suyo el dolor;
que por Él va la llaga
vertiendo amor.

La corona de espinas
va apretada a Jesús,
como un ruego ferviente
hasta la cruz.

La espina es ley injusta,
y por eso no es ley.
No conoce el motivo
que hiere a un Rey.

La espina es el capricho
que invade con su abuso;
y sirve a la ignominia
del mal intruso.

La espina viene al hombre,
en tanto el alma miente;
que su herida desgarra
a un inocente.

La corona de espinas
tiene espinas de tantos,
como tantos deturpan
lo sacrosanto.

Jesús es el amigo
que recibe la espina,
la eleva hasta su frente
en luz divina.

La corona de espinas
es el hombre en la pena,
que queda junto a Cristo
sin su condena.

24 – CRISTO CARGA LA CRUZ

Cristo carga la cruz
aquel día agraciado
del designio divino,
en el tiempo anunciado.

Cristo carga la cruz
dando la vida entera,
vida que nadie quita
y en regalo la entrega.

Cristo carga la cruz
como una gratitud,
desde el hombre inocente
que da a Dios su virtud.

Es la carga preciosa
de toda rebeldía,
que se cura en la ofrenda
y a la gracia confía.

Como carga cuantiosa
de miseria y herida,
intercambia lo muerto
por la senda de vida.

Si los Ángeles cantan
multitudes en vuelo,
dando gloria al Señor
en lo alto del cielo.

Cristo carga la cruz,
como hombre de paz,
cumple el mando del cielo
de buena voluntad.

Cristo carga la cruz,
lucidez salvadora,
que da el alma por muchos
donde muchos imploran.

Cristo carga la cruz
en el único día
del altar perpetuado
en la santa agonía.

25 – CRUCIFICADO Y MUERTO

Crucificado y muerto
en la cruz salvadora;
está Cristo clavado
con su oración.

Crucificado y muerto,
sin palabra en la boca,
sino con sangre y agua
del corazón.

Crucificado y muerto
yace en la cruz del hombre.
Se los acerca a todos
con su perdón.

La noche de los tiempos
avanza sobre el alma,
porque ha muerto en el hombre
su presunción.

Un apuro sagrado
de mortificación
no quiere ver el duelo
de la traición.

La oscuridad de piedra
posterga todo rito,
castigando de olvido
la maldición.

Crucificado y muerto
queda un llanto secreto.
Sin noche, sin aurora,
sin bendición.

Crucificado y muerto
el decreto se muere,
y la ley desvanece
su petición.

Crucificado y muerto,
el Cristo sumergido,
pide un silencio hondo
de donación.

26 – JESÚS RESUCITADO

Jesús resucitado
se despierta al secreto,
ante el feliz tesoro
de ver la redención.

Jesús resucitado
se da simple en la gloria,
y le pide silencio
al bien que redimió.

Jesús resucitado
no se da a conocer,
sino al amor constante,
que en el dolor, confió.

Reconfirma el valor
del valor primigenio.
Jesús vuelve a su patria:
primer destino en Dios.

Y posterga su vuelta
al trono de la gloria,
a la diestra de Dios:
la destreza de amar.

Como Rey victorioso
envía un emisario,
instruyendo a los suyos,
que en Dios resucitó.

Si para dar su gracia
primero pide fe;
y luego se apersona
hasta el alma que amó.

Sabiendo Él en Dios,
que no será creída,
magdalena transmite
la divina esperanza.

Jesús resucitado
aparece a los once
en la inmensa alegría
de la nueva de Dios.

Si reprende al entrar
aunque en tal maravilla
esperaba simpleza
de buena voluntad.

Jesús resucitado
pide antes al alma,
sabiendo que posee
aquello que dará.

El Espíritu Santo
todo lo enseñará
de aquello que ya tiene
el alma del perdón.

27 – ASCENSIÓN A LOS CIELOS

Ascensión a los cielos
de Jesús renacido;
en el alma, en el cuerpo,
y al Espíritu unido.

Muere Cristo en el hombre.
Nace el hombre en Jesús.
Muere el hombre al pecado.
Vive Dios en el hombre.

Sube el hombre hasta Dios.
Viene Dios hasta el alma.
Sube el Cristo al santuario,
hasta el juicio del alma.

Entra el Cristo al santuario
en ritual sacrificio,
por la sangre ofrecida,
por el cuerpo sagrado.

Queda Dios en el alma,
por la hostia divina;
se adormece en la cruz
hasta el fin de los días.

Queda el hombre sin Dios,
en el viernes donado.
Por el sábado en sombras
da su aurora el domingo.

Ascensión a los cielos,
que agiganta en el alma,
el deseo de cielo
y el anhelo de Dios.

Ascensión a los cielos,
que suspende en espera
a las almas que ansían
el santuario perpetuo.

Ascensión a los cielos,
que clausura en el mundo
el rigor temporario
esperando lo eterno.

28 – EL ESPÍRITU SANTO

El espíritu Santo
ha venido de Dios,
por santidad del Padre,
por el amor del Hijo.

El Espíritu Santo
funda el don de la Iglesia,
para enseñar la Nueva
de la gloria del Verbo.

El Espíritu Santo
es el Alma del alma,
que revela, infinito,
el don de permanencia.

Desde el alto secreto
del santuario divino
viene a unirse en amor
al santuario del alma.

La confianza es camino
de la vida del Hijo.
La palabra es verdad
de la gracia del Padre.

El amor, comunión
de la vida donada,
que en vital profecía,
del Espíritu viene.

Por la mente del hombre
un saber lo descubre.
Desde el pecho del hombre
el corazón lo dice.

Desde el alma creada
el vivir lo predica.
Porque suya es la casa
donde busca ser visto.

El Espíritu Santo
llora, el ruego del hombre;
calla, el fin providente;
canta, lo nuevo en Dios.

29 – MARÍA ASUME AL CIELO

María asume al cielo,
el cielo de la gloria,
que magnifica al alma,
y el alma magnifica.

María asume al cielo
como pequeña sierva,
y todo lo creado
la llamará feliz.

María asume al cielo;
si en ella el Poderoso
ha hecho grandes cosas,
como su nombre es Santo.

Ha llegado a buen fin
la pura, siempre pura;
que la misericordia
va de edad en edad.

Ha reunido a sus hijos
la del único Hijo.
Los que temen al Bueno
y en el Bueno la aman.

Por ella dio el poder
el brazo providente.
Dispersando a los grandes
del sentir de los pechos.

A los grandes arroja,
y eleva a los humildes.
Los hambrientos se colman;
se vacían los ricos.

Su promesa por siempre
se acuerda de los suyos.
Y su alma inmaculada
es nido del amparo.

María asume al cielo.
El cuerpo del misterio
recibe a la que engendra
en cuerpo y alma en Dios.

30 – MARÍA REINA Y MADRE

María reina y madre
de todo lo creado,
desde que fue creado
al increado eterno.

María reina y madre
del principio del reino,
a la destinación,
de los fines de Dios.

María reina y madre
objeto del amor,
camino del amor,
morada del amor.

A la derecha amada
del Hijo creador.
La diestra gestadora
del Verbo redentor.

Residencia alumbrada
por residir en luz.
Continente del Santo
por contenido en Dios.

Viajera del designio
que ve la profecía;
desde el rescate arcano
del abismo del alma.

Viajera del anuncio
del bien divinizado,
desde la soledad
hasta el canto de unión.

Viajera de la gracia,
desde la bienvenida,
hasta el rumbo supremo
de los cielos amados.

María reina y madre.
Reina del alma madre.
Madre del Rey del alma,
guía del alma reina.

VIDA ESCONDIDA I

Vida escondida
para el que nada se esconde.
Para el que enseña viviendo,
la vida humilde.
Vida en pobreza
para el que todo lo tiene.
Para el que da de su gracia,
en gracia vive.

Vida secreta
para quien nada es secreto.
Para quien nada se oculta
vida en lo oculto.
Al que le agrada
el vivir entre los hombres;
el que da divinizado
al hombre justo.

Va sin destino
Aquel que todo destina;
hasta su sino de muerte
predestinado.
Lucha en camino
Quien es el mismo camino;
Quien encarna al hombre nuevo
va renovado.

Desconocido,
el que vino entre los suyos
y los suyos rechazaron,
desconociendo.
Divino enigma
observado por los siglos
nace escondido en un vientre
quien hizo el cielo.

VIDA ESCONDIDA II

María niña
es consagrada en el Templo.
Recibe a la inmaculada
el Templo santo.
Aprende en gracia
la que va llena de gracia
viviendo en su providencia
su don sagrado.

María niña
se sabe amada de Dios,
hace del Templo su casa
por don de amor.
Alma alumbrada
su niña sabiduría,
presciencia del rezo propio
en la profecía.

María niña
crece al paso de la vida,
es posible en sangre ardiente
la castidad.
Y se desposa
la belleza criaturada,
aún habiendo prometido
la virginidad.

María niña,
que en espíritu confía,
luce simple la obediencia,
aún en bodas.
María joven,
desposada con José
reza su alma la confianza
que en Dios implora.

VIDA ESCONDIDA III

José el que cree
en la voz de Providencia;
ante el llamado del Templo
José el que acude.
El religioso
de la simple vocación;
el que busca en su Señor
la certidumbre.

El visionario
que entiende al Ángel en sueños,
y tan sabio de escritura
acepta al Niño.
Con devoción
y con servicio a lo santo,
entiende el don del Mesías
en su camino.

José el que acepta
la mujer que el Templo elige,
y se alegra en la premisa
de castidad.
El hombre justo
que no apresura su juicio,
y prefiere padecer
en dignidad.

José el que ampara:
la fe, sin ver a Jesús;
al sagrario de la Madre,
aún no nacido.
Y sostiene
la crianza del Niño-Dios,
con el signo de custodio
de lo divino.

LA VIDA DE MADRE
I - La elección secreta

Enviado el Ángel a Nazareth, Galilea,
al encuentro de una virgen joven, María,
la voz del cielo que se pronuncia en el Ángel
da su secreto anunciado, en la elegida.

La profecía cantó su frase discreta
con la voz de Jeremías sobre los tiempos:
será creado algo nuevo bajo el sol,
la mujer ha de rodear todo el varón.

De la mujer nace el hombre en la pureza
de Quien renace la vida resucitada.
El corazón, de Aquel que abre los cielos
tiene refugio en el vientre de esa mujer.

En el secreto de la palabra anunciada
se reveló la elegida para el misterio.
Puro secreto que llena toda la tierra
y conquista por lo eterno su eterno cielo.

LA VIDA DE MADRE
II - Visita a otra elegida

Y fuera el Ángel sugiriendo invitación
que menciona de Isabel su sexto mes.
El corazón de la joven que ya es Madre
no se ata a su elección, ni a gravidez.

Sale con prisa. Va camino a la montaña.
Al llegar, el solo encuentro un don desata.
Por el saludo vibra el cielo en lo bendito,
con la palabra gestando la voz exalta.

En Isabel, el niño salta de gozo.
La inspiración en María es profecía:
"Magnifica mi alma a Dios", y como Madre
conduce "palabra" y "voz" a nacimiento.

Madre de todos, de todo lo generado,
que te llamarán feliz por ser la sierva:
Tú das lo santo para el altar de la ofrenda,
santo por dispuesto a darse, salvando a otros.

LA VIDA DE MADRE
III - Un viaje al nacimiento

Alma del cielo, que vive en pasos del mundo.
Gestado en seno sin mella, vino hasta el alma.
Nacido en mundo de sombras, viaja en un cáliz.
Hasta la gruta nocturna de cada alma.

Si cada ser viene del signo de Dios
inicia el viaje del tiempo de la simiente,
y en el encierro de la mudez de la piedra
lleva la espina de muerte que lo retiene.

Pero la carne que lleva al Hijo de Dios,
no se detiene en la sombra del fenecido.
Lleva la herencia del cielo desde lo eterno,
y la sangre inmaculada de un vientre vivo.

Viaja el deseo desde el encierro del hombre.
Y el mismo viaje hace Cristo desde el amor.
Viaja el dolor en la esperanza perfecta,
y viaja la ofrenda santa del Redentor.

JOSÉ, EL CARPINTERO

I - Era alguien (cuando fue elegido)

Guía su vida la paz sencilla y alerta.
Afianza el Dios de sus padres, su fortaleza.
Lleva en su historia linaje del Rey pastor.
Tierra natal de Belén, su pertenencia.

El templo santo le otorga merecimiento
de un signo de Providencia del elegido.
Por la confianza, del tiempo de la doncella;
la pureza es una ofrenda que hace camino.

El señalado en la vara que germina
rebrota en fidelidad su entrega llana.
Esposo para la virgen, con un silencio,
que aspira a cumplir el goce en lo ofrendado.

Lo ya donado se piden el uno al otro:
vivir el signo divino en la unidad.
En dar la entrega obedeciendo a la vida,
guardando el templo del cuerpo en virgindad.

JOSÉ, EL CARPINTERO

II - Fue más (cuando perdonó a la sierva santa)

Al verla a ella, en lo sereno aquietado,
apaciguada y signada en lo sincero,
lo desconcierta la sospecha de un engaño,
en desazón de lo incierto de un mal afecto.

En lo prudente, calla el juicio que no entiende;
y en un deber de rechazo sufre en silencio.
Solo en la pena, el bien que no condena,
perdona en Dios y en el alma su don certero.

Embarazada, la doncella prometida.
Sabe que no la ha tocado, en lo cumplido.
Y compadece como un signo de lo propio
siendo dueño del repudio, sin su castigo.

Entonces brilla la fe del justo que ama.
Y merece lo explicado en sueño del ángel.
La lleva a casa, creyendo en ella primero,
y luego cree en el Hijo, viendo a su Madre.

JOSÉ, EL CARPINTERO
III - Fue el único (cuando guió a Dios)

Si pareciera que Dios se excede en creer
al confiar a una criatura la santa guía,
dando a José el cuidado de su Hijo,
engendrado del Espíritu, en María.

Como regala el buen Dios a cada uno,
invitando a ser un "Cristo" a un corazón,
José se ofrenda a servir a lo divino
de ser padre, alma fiel, y adorador.

Conducta santa, cada uno guía a Cristo,
como José guía a Dios, en la obediencia.
El elegido, servidor que da su vida
es el único en su signo de Providencia.

Primera alma; sin ver al Hijo de Dios
cree en su encarnación en seno virgen.
Si con su Madre, ya lo invocan con su Nombre,
y propaga el Evangelio que redime.

EL PUEBLERINO REY

I - Niño, conociendo su nacimiento sabía de su muerte.

Niño glorioso, desde que es concebido.
Desde el viaje en luz del Ángel, Niño alumbrado.
La profecía, por la promesa divina:
perpetua e ineludible de lo anunciado.

Niño en lo eterno, eterno Hijo del Padre,
desde que nace en el tiempo; tiempo agraciado.
Desde su ciencia se sabe Hijo perpetuo.
Hijo en el siempre nacido, siempre anunciado.

Si por el tiempo, que pone un don en la ofrenda
se ofrece en muerte posible, final del Justo.
Sabe su muerte, como sabe del amor,
sabe de su vuelta al Padre, ya sin dolor.

El magno cielo viene a gestarse en la tierra.
Conciencia de concebido, en Dios Palabra.
Su amor perdura; Hijo sin Madre en el cielo.
Hijo sin Padre en la tierra, su sangre salva.

EL PUEBLERINO REY

II - Ya es: el mundo; el pueblo; la región; el confín de la tierra.

Niño presente, que representa lo amado;
que hace presente lo eterno, Niño que oye.
Camina el suelo de su tierra pueblerina,
conoce el día y la sombra; oye las voces.

El cielo empieza en el hogar convivido,
en la labor y el encuentro de lo aprendido.
Fustiga el tiempo en el esfuerzo del pobre,
con cuanto pide el deseo de Dios nacido.

Comparte al hombre, que es uno solo en la luz.
Es una el alma en el rezo, que pide al cielo.
Si ruega el Niño, lo de cerca y lo de lejos;
el pueblo, el campo y el mundo, confín inmenso.

Niño nacido, de lo increado venido,
a compasión destinado y a Dios donado.
Palabra niña, en testimonio anunciada,
de un Niño, todo divino, y todo humano.

EL PUEBLERINO REY
III - Les obedecía

Niño agraciado,
que lo acompaña la gracia.
Regala luz de la gracia,
Niño divino.
Hijo en la Madre,
y en José Hijo anunciado.
Niño que traza en su cielo
gracia y camino.

Hijo obediente,
en la obediencia del alma.
en la piedad obediente,
sirve a la gracia.
Hijo deseado,
crece educado en servir.
Hijo de la servidora,
de santa infancia.

Si dijo el sabio:
"nada nuevo bajo el sol";
"algo nuevo crea Dios",
dijo el profeta.
Nuevo Varón:
lo rodea la Mujer.
Nuevo que en gracia renueva,
el alma nueva.

Niño adorado,
que el cielo nuevo pronuncia,
si bajo el signo del hombre
habita Dios.
el Niño santo,
dispone santa su ofrenda
por una luz que redime
al alma en Dios.

LA NAZARENA: REINA

I - Lenguaje de la casa

Hija de Ana,
y de su padre Joaquín.
Familia en la pertenencia;
rama y raíz.
Se dice el alma,
identidad en lo propio:
el lenguaje de la casa
dice a la vida.

Recuerdo digno
que reconoce el lugar
hasta donde llega el alma
con su argumento.
La luz del rostro
dice su destinación,
en el secreto misterio
de los encuentros.

Mañana limpio,
tiene su presente puro,
en el don inmaculado
de la elegida.
Pulcra por simple,
ofrecida en el amor.
Agradecida del cielo;
la que no olvida.

Dice el lenguaje
la presencia y el anhelo.
La sangre y la carne amada,
brote de amor.
La rama verde,
para que germine el Verbo.
Madre que habla en el Hijo,
lenguas de Dios.

LA NAZARENA: REINA
II - El servicio de la vida

Servicio al Templo;
piedra del Templo es la patria.
Pueblo de la profecía,
sirviendo a Dios.
Sirve la niña
su servicio a los que sirven,
sirviendo de ofrenda pura
su devoción.

La servidora
del Espíritu de Dios,
Hija servicial del Padre,
dice su "si".
Madre del Hijo,
como sirviente nutricia,
y del Espíritu esposa,
en concebir.

Piedad sentida,
sirve al don del mandamiento;
por fundamento la casa,
sirve al hogar.
Vara elegida,
sirve al anuncio del cielo,
para ser virgen y madre
de una heredad.

Intercesora,
sirve a la causa del Hijo,
uniendo en Dios a los hijos,
corredentora.
Madre del alma
en la oración que perdona;
inmaculado camino,
en cielo ama.

LA NAZARENA: REINA

III - La gestación ocupa la vida

Madre del Niño,
divino Hijo de Dios.
Un vientre gesta al Eterno,
eterno don.
Don de la Madre,
gesta en el tiempo al perpetuo;
gesta en el "si" del servicio,
y sin dolor.

Madre del Niño,
misterio y gracia del tiempo,
espiritual descendencia,
gesta de unión.
Don de la Madre,
en místico nacimiento
cada alma nace en Ella,
y con dolor.

Gesta paciente,
al que duerme en un pesebre;
al protegido en su seno,
gesta obediente.
Gesta de ofrenda,
al que mama de su leche,
al que abraza contra el pecho,
gesta valiente.

Madre asistente,
al que nace del bautismo,
al que sigue el Evangelio,
la Madre fiel.
Madre ejemplar
al que sirve al testimonio,
al que acude al don de amor,
Madre de fe.

LENGUAJE DE DIOS

I - La vida es, antes de nacer a la vida

Vida en el seno
del Espíritu viviente.
Vida de la luz viviente,
seno de vida.
Belleza viva,
en Alma de la belleza.
Sabiduría viviente,
sabia de vida.

Fuente de vida,
de viviente voluntad.
Querer dar vida que viva,
de fuente viva.
Desde la Fuente,
querer ser otro en la vida
para vivir de alabanza
de gratitud.

Amar viviendo,
moviendo la vida a vida.
Llegar a ser puro vida,
yendo a una vida.
Ser con el Ser,
que es el Ser, el Solo vivo.
Y ser un "otro" en el ser,
por verse en vida.

Desde la vida,
para nacer a la vida,
nacer al don de un regalo
que emana vida.
Si antes de ser
un corazón palpitante
hay una vida de antes
ya concebida.

LENGUAJE DE DIOS
II - Pensar lo del mundo.
Un cuerpo para el mundo

Vivir el mundo, con un cuerpo para el mundo;
con el pan de la miseria, el pan distante.
Vivir el cuerpo, como un bien para servir;
donde el cuerpo es una ofrenda del mundo errante.

Sutil vestido de transitoria materia.
Capa digna que recubre la soledad.
Dolor y goce, se cosecha del camino.
Compañía acompañada, de toda edad.

Júbilo y canto donde dice la intención
la noción de su medida, como lenguaje.
Se dice el cuerpo, dice del íntimo empeño,
color y cálida luz, dice el paisaje.

Pensar el mundo, cuando el alma no es del mundo;
ni el espíritu del mundo, contempla al alma.
Vivir el cuerpo, cuando el cuerpo no es del cielo;
ni el ensueño de lo eterno revela al alma.

LENGUAJE DE DIOS
III - Pensar lo del cielo.
Un alma para el cielo.

Por el deseo, pensar el cielo del alma.
Como el deseo es espacio para extenderse.
O como es tiempo para esperar toda espera,
mueve la esfera del ansia que se pretende.

La fe desea, por abrazo con lo amado
llegar al don de la cumbre de lo divino.
Por la esperanza, que en la certeza desea,
llegar a verse en la luz de lo elegido.

Pero un deseo, que viaja al centro del alma
es el amor más perfecto; sendero inmenso.
El cielo empieza en el camino que rueda
hacia los campos deseados de los encuentros.

La senda simple del deseo que se da
en gratitud que se alumbra con lo vivido.
Concierta al alma en la ofrenda jubilosa
de darse entera en deseo, por lo infinito.

LENGUAJE DE DIOS
IV - Estar como presencia.
(Es lo dado antes como : pre-esencia)

Estar mirando; percibir el fin que pasa,
que proviene de un comienzo nacido antes.
Estar sintiendo, por la vida palpitante
que despierta de un ensueño; remonta el alma.

Presencia innata; solo estar, estando estable.
Presencia honda; más ahonda, más profunda.
Presencia viva; más da vida, más se vive.
Presencia alta; más se sube, más eleva.

El pan ausente, como un pan que se ha vivido
transitando lo bendito, se va al olvido.
El mundo inerte que enmudece lo perdido
desaparece, sin virtud, en lo caído.

Presencia de alma, que no extingue lo sentido
por la vida que despierta sin ausencia.
Va concebido desde antes que se diga
en la vida que genera, de lo divino.

EVANGELIO MEMORABLE

I - La Samaritana

Jesucristo paciente.
Te quedas solo ante el alma habituada,
que busca el agua de su sed hastiada.

Humilde Jesucristo,
pides al alma el agua de su hastío,
para abrazar su sueño presentido.

Jesucristo valiente
revelas la verdad que busca el alma,
en el asombro del dolor vencido.

Jesús, buen corazón,
ofreces, al alma que Tú creaste,
quiera beber del agua de la vida.

Jesucristo camino,
por Ti vendrán a Dios adoradores,
que adoren en espíritu y verdad.

Revive en la mujer:
"ese hombre ha dicho toda mi vida,
¿no será el Mesías que ha de venir?"

II - Buscar la perla

Buscar la perla preciosa.
Por las honduras del fervor del alma
como busca el dolor que quiere alivio.

Buscar la única perla,
sumergido en entrañas de las aguas
ese fruto precioso y escondido.

Buscar la perla que brilla,
como fuente de luz indeficiente
por los campos etéreos de la calma.

La perla es Cristo Jesús;
Palabra de lo eterno inmaculado;
el brote de verdor inmarcesible.

Buscar la perla cuantiosa,
del cándido valor de lo sencillo,
de simple calidad de lo más bello.

De la perla más hermosa
buscar el don divino de la gracia.
Ante su brillo, el resto nada vale.

La perla es Cristo Jesús,
ante su amor todo vale infinito
en un siempre llegar que da lo eterno.

III - Tesoro escondido

Trabaja el campo del alma,
quien ha perdido un tesoro
en los campos del olvido.

Con la brisa de la ausencia
busca un tesoro escondido
por la sombra despojada.

Y se interna por el campo
de los deseos burlados
de los pavores del ansia.

Hasta que el hondo resquicio
de la penumbra de muerte
se alumbra un brillo incipiente.

Es el brillo de una estrella
que en la gruta de la pena
dice sus voces de anuncios.

El tesoro de lo eterno
entre pasos de infinito
en camino a lo perpetuo.

Confidencias del amor
que desborda de riquezas
entre el alma y su Señor.

IV - Masa que fermenta

Fermento que ansía vida
por las alturas del ansia
y las honduras vividas.

Fermento que mezcla el signo,
con el brote y con la rama,
el latido y la palabra.

Mezcla el beso de la luz
que despeja la tiniebla
con el cálido color.

Mezcla el don de lo divino
y el humano condimento
con el Cristo que es camino.

Fermento del puro cielo
en lo sabio de unas manos
que fermenta dentro el alma.

Es un reino de fervor
que acrecienta pura vida
en las manos del amor.

Por la mezcla del dolor
con palabras de justicia
que se goza en comunión.

V - La semilla pequeña

Una semilla pequeña
que al tiempo que va brotando
fenece bajo la tierra.

Una semilla que espera
la mano del sembrador
que la dispersa en el suelo.

Por esa vida que llama
a la pequeña semilla
que teje un brote a la vida.

Crece y crece por los aires
de un nuevo cielo asombrado
ensanchado de ramaje.

Y la pequeña semilla
hace fronda que se ofrece
al planear de un cielo propio.

Van las aves invitadas
al cobijo de su verde
a posarse agradecidas.

Se concierta el cielo limpio
con las almas de la gracia
en el vasto don de Dios.

VI - El sembrador

El sembrador divino,
esparce la semilla iluminada,
la gavilla de gracia inagotada.

El sembrador divino,
visita el campo eterno de las almas,
y a cada espíritu le da su amor.

La mano que despliega
la proporción bendita de la vida,
en el igual perfecto de los dones.

Y en cada alma brota
la semilla preciosa y regalada
con un mando secreto de anidarla.

Mas la espina del mundo,
el agobio y lo ingrato del desdén
desecha el privilegio del llamado.

El alma que atesora
lo fértil en su campo del anhelo,
se presta al nuevo don de lo sembrado.

El sembrador divino
es la senda y el fruto sempiterno,
el germen, el origen y el destino.

VII - "Mi Padre y Yo"

"Mi Padre y Yo somos Uno".
El alma y Yo somos Uno.
Alma con alma son uno.
Alma y creador son uno.

Una es la vida en el Uno.
Uno el amor en el "Todos".
Uno el dador de la gracia.
Una la gracia abundante.

Como perdura en el Uno,
la vida es uno durable:
uno el perdón que unifica,
uno el dolor que nos une.

Uno es el pan que nos nutre;
y en el misterio del Uno,
una es el ansia que pide
cuando va el Uno sufriendo.

Pide por querer ser uno,
en una piedad durable.
Gestando el "uno" en lo eterno
en una Madre del alma.

VIII - ¿Qué dicen...?

¿Qué dicen, que quién soy Yo?
Sos el profeta del hombre insaciable.
El bautismo del perdón pacificador.
El dador en la promesa inconstante. (…?)

¿Quién soy Yo entre las almas?
Sos motivo del bendito deseo.
Eres el dueño del campo del alma.
Eres la luz que alumbra toda senda.

¿Quién soy Yo en el dolor?
Sos compañía en el dolor dolido.
Sos el dolor en el dolor del triunfo.
El alma que se duele es como vos.

¿Quién soy en medio del goce?
Eres el goce del perdón gozado.
Gozas la ofrenda que Tú mismo das,
si en el alma recibes lo salvado.

¿Quién soy Yo desde el olvido?
Eres la pena que padece olvido.
Eres la ausencia de la cruz que sangra.
Eres la despedida de los odios.

HIMNO_57 - VIII - ¿Qué dicen…?

¿Quién soy Yo en el amor?
Eres amor que ama en desamor.
Amor de Dios que ama desde el alma.
Amor del alma que ama desde Dios.

En la condena, ¿Quién soy?
Eres el insistente del extremo.
La lágrima que vierte su final;
sos el dolor de Dios, incomprendido.

¿Quién soy sentido en la fe?
Eres el fuego que se da en la llama.
Eres por Quien, creer, es verse unidos.
Eres la fe que ansía conocerte.

En la esperanza, ¿Quién soy?
Eres Quien mueve a Ti toda esperanza.
Promesa de velar por el mañana,
cuando Tú eres el fulgor de hoy.

¿Quién soy en la santidad?
Eres el Santo de infinita paz;
eres la paz de amar hasta lo eterno;
eres el siempre goce a perdurar.

IX - ¿A quién iremos...?

¿A quién iremos, Señor?,
solo Tú tienes Palabra
en la luz de vida eterna.

La serena confidencia
que difunde en la verdad
agraciado testimonio.

La presencia revelada
que conduce por lo eterno
al reino del favor de Dios.

¿A quién iremos, Señor?,
solo Tú das el camino
que eleva sobre lo alto.

Novedad de la bondad
que restaura lo agobiado
y engrandece lo ya grande.

X - ORAD

"Orad, para no entrar en tentación".
Desde el arcano origen de la esencia,
hasta plasmar presencia en el enigma.

Ante la vastedad de la inquietud,
dudar, frente a Jesús crucificado;
ceder, ante el furor de la amenaza.

Orad, para no dar la voluntad
a la prisión confusa de los yerros,
o la contienda inútil de la culpa.

Junto a la pira ardiente de los ruegos,
no incinerar la luz de la vigilia,
que marcha por la senda de la gracia.

Orad, por compartir la devoción
que ve con lucidez el propio signo
donde la paz del alma rememora.

Hasta llegar al mar de la conciencia
que nunca quiere huir del beneficio,
que gana el alma plena en gratitud.

Orad, en la imprudente tentación
de no aceptar lo propio, bueno y malo,
en la contienda fútil de los tiempos.

XI - Inútil dar coces al aguijón

Es inútil dar coces
contra el aguijón.
Ir contra el torrente
de la vida que fluye.

Apropiarse la luz
que alumbre otro día.
Abonar un tiempo
trocado en otro tiempo.

Coces que da la vida
en manos de Dios;
derrama de sí
dando el fluir viviente.

Es inútil dar coces
contra lo que vale,
contra lo gestado
en la gracia donado.

Aguijón de la vida.
Da coces el bien,
esencia de fuerza;
visión de la verdad.

Si contra el Evangelio
Verbo de lo nuevo,
realidad de vida,
es inútil dar coces.

En la buena ventura
del acto de Dios,
el bien es la fuente,
el fin es el perdón.

XII - El galardón del cielo

El galardón del cielo está ganado.
Así os persigan como a los profetas.
Hasta si dan la vida en el martirio,
grande es el premio que en el cielo espera.

Construido el puente, que cruza el río,
el río de la agitación tortuosa,
pendiente secular y turbulenta
en el cielo sin fin de la tendencia.

El puente de la recta compasión
desde la orilla dulce del principio
hasta la orilla sabia de los fines.
El puente de la vida iluminada.

El premio está en la orilla, en el puente,
en lo recto, en la luz, hasta en los fines.
El premio es el que inicia el galardón,
el premio es quien corona la conquista.

El premio es Jesucristo, que ha nacido;
enseña cuanto vive y cuanto ama.
Es camino, es puente y la señal
de saber que lo eterno está ganado.

XIII - Los encontró durmiendo

"Los encontró durmiendo
debido a la tristeza".
No pudieron orar
ni tan solo una hora.

Ser humano insensible
no siente el don de Dios,
que sale a redimir
en grutas del pecado.

Si sufre el Inocente
que afronta su martirio,
mientras que el pecador
escapa a su inconciencia.

Los encontró durmiendo
en fases del cansancio,
que sume al abandono
en la sombra nocturna.

El ciclo de una hora
vale la desazón,
o la angustia penosa
desconociendo a Dios.

Finalmente es el hombre
que no fía del hombre,
ni cuando el hombre es Dios
padeciendo su amor.

El alma del olvido
se derrumba en su nada,
se demora durmiendo
y no espera en Jesús.

XIV - Los que creen en su Nombre

"Los que creen en su Nombre",
y creen que Dios es Alguien,
siente y tiene Voluntad,
ama, porque quiere amar.

Quien elige a los que ama,
los designa en su elección,
los prefiere y los asiste,
los habita y enriquece.

Los que creen en su Nombre,
los que temen molestarlo,
para no herirlo en su amor
ni abusar de su bondad.

Puede algo no gustarle
en su afán de darnos bien.
Puede algo no quererlo
en nuestro ciego capricho.

Nombre bendito de Dios
que habita todo creado.
Da a cada ser pertenencia
y a cada vida su ser.

Los que creen en su Nombre
dicen la vida completa,
y al pronunciarse en la luz
alumbran en Dios viviendo.

Son los que hablan con Él
como con un Padre amado,
y lo adoran compartiendo
lo sabroso de su gloria.

XV - Bendita tú

Bendita tú, entre las mujeres.
Madre del Amor eterno.
Un privilegio te fue dado,
ser tan simple en la bondad
que reflejaras la bondad divina.

Bendita tú en cuanto genera,
todo lo nuevo es feliz,
en la gracia por ti ganada
para las almas que aman
a ese fruto bendito de tu vientre.

Bendita tú, Madre feliz,
del único Hijo eterno,
que hace a todos hijos tuyos,
por ser el Hijo del Padre,
Quien nos hermana al pié de la cruz.

Bendita tú, criatura fiel
que acompañaste sin falla
al Hijo de lo inconmovido,
por la penuria del mundo
y entre las almas de la desazón.

Bendita tú, que diste al alma
en la redención gloriosa,
la gloria que te diera el Hijo;
Te concierta a su Evangelio
y te asocia a su cuerpo inmaculado.

Bendita tú, entre las criaturas
que te alaban como reina,
te llaman como mediadora,
y te aman como Madre,
en donde el cielo de Dios es tu casa.

Bendita tú, en bien de lo eterno
que corona lo glorioso.
Sabiduría siempre niña.
Despierta lo iluminado
Aquel que en ti, ama a todos los fines.

XVI - Paz a los hombres de buena voluntad

"Paz a los hombres de buena voluntad".
Paz en el alma, por el recto deseo.
Paz en los días, que anhelan gratitud
y se agradece la gloria de los cielos.

Gloria en los cielos, y en el cielo del alma.
De Dios la gloria, que el alma glorifica.
Gracia del alma la buena voluntad;
nace lo propio: lo nuestro se va a Dios.

Un evangelio se nos canta en el Ángel.
El cielo es Cristo que glorifica a Dios.
La tierra es Cristo en la paz y en el bien.
El hombre es Cristo en buena voluntad.

Querer el bien, va en el hombre la paz.
El bien es dar, en la paz que regala.
Paz, padecer, voluntad de bondad.
Paz, voluntad, de padecer en bien.

El canto sube: "gloria a Dios en el cielo,
paz en la tierra para el hombre que quiere
en la unidad, la buena voluntad.
En Dios nacido baja el cielo de gloria.

XVII - Signo de contradicción

Él será signo de contradicción.
Como de antiguo fue signo de alianza,
de unidad, de armonía, de presencia,
de camino, de vida y bendición.

Él será signo de contradicción:
el bien que permanece compasivo,
la luz por el encuentro con la gracia,
la misión del amor, perfecta ofrenda.

La divina Presencia que se ofrece
a llevar el delito de las almas
hasta el fuego amoroso de la cruz.

Desde el hombre aferrado a la caída
hasta el paso de Dios resucitado
Él será signo de contradicción.

XVIII - Preparad el camino del Señor

Preparad el camino del Señor
enderezando sus sendas;
en la breve impaciencia de la vida,
aliviando el sufrimiento.
Con la carga ligera de Jesús
por la sincera elocuencia.

Por la simple certeza de la fe,
que desnuda la arrogancia.
Por la humilde visión de la esperanza
que atesora los encuentros.
Por la voz generosa del amor
que renace en gratitud.

Lo encumbrado aprende lo de abajo
y lo hundido a levantarse.
Lo primero retrasa hacia el final,
y lo último adelanta.
Lo escondido se grita por los techos,
y lo mostrado silencia.

Preparad el camino del Señor
por toda recta intención.
Alabando a la vida que trascurre
como una gracia divina,
que va sola, en el signo de los tiempos,
hacia los campos de luz.

XIX - Este es mi Hijo, muy querido

"Mi Hijo muy querido, este es".
Hijo del Padre, el que solo "es".
Del solo, de Quien solo Hijo es.
Del Hijo, de quien solo Padre es.

Del solo, nunca solo, por el Hijo.
del solo, nunca solo, por el Padre.
Y el Amor, por Espíritu del Solo.
Y el Amado por Espíritu de "Tres".

Solo Dios, que genera: "Solo en todos".
Solo Dios, que la luz, de "Solo en todos".
Solo Dios, que es Unión, de "Amor en todos".
Trinidad de lo Único, en lo eterno.

Viene el Hijo hasta el alma, a traer al Padre.
Viene el Padre en el Hijo, hasta salvarnos.
Viene el Santo en Espíritu que ama,
hasta el punto de unión de todo, en Cielo.

XX - Soy la voz

Soy la voz del que clama en el desierto;
de la vida desierta de sus voces;
del que clama con voces de perdón
ante un mundo distante de desierto.

Soy la voz que prepara y que reúne
a las almas lejanas de su Dios.
Que prepara el camino en lo cercano,
y bautiza en unión del alma en Dios.

Soy la voz del Bautista, voz que clama,
que anuncia el testimonio del Cordero,
quien bautiza con fuego redentor.

Soy la voz del que anuncia al Guía eterno
donde acuden las almas rescatadas
del desierto sin voz que agobia al mundo.

XXI - Magnifica mi alma al Señor

Magnifica mi alma al Señor,
al Señor que se aviene hasta el alma,
y le da de su gloria de Hijo
a su parte de hijo de Dios.

Al Señor que rescata del suelo,
como Padre que engendra en el Hijo,
y le da la piedad de lo justo
a su parte gozosa de cielo.

Magnifica mi alma al Señor,
al amor del Espíritu amado
en el único amor de lo eterno.

Y le da de ese amor verdadero,
la unidad en la vida de tres:
Dios y el alma, en la Madre del cielo.

XXII - Señor, ¿a quién iremos?

Señor, ¿a quién iremos?
a develar la profecía santa
que prepara la gloria del Mesías: (?)
tan solo a Ti, que encarnas al enviado.

Señor, ¿a quién iremos?,
a preparar la senda redentora?:
sino a tu voz de paz, que reconcilia
al alma amada con el Dios viviente.

A ti, Señor, iremos,
que eres Palabra que salió del Padre,
desde el principio eterno sin principio,
hasta el extremo eterno sin final.

A Ti, Señor, iremos,
que eres la vida que creó la vida,
en la palabra de la vida eterna,
que vive en permanencia siempre nueva.

XXIII - Vendrán muchos

Vendrán muchos
a sentarse con Abraham.
Vendrán del este,
oriente de las almas nacidas
para contestar el misterio de la fe.

Vendrán del norte,
destino de fines de almas cumplidas,
para completar, infinita, la esperanza.

Vendrán tantos
hasta el reposo de Abraham.
Desde el oeste
donde el fuego de la cruz
se hace luz perenne en las almas sabias,
para reflejar el abrazo del amor.

Vendrán del sur,
asiento de los ojos que contemplan
el rostro del Justo, en su centro;
para rendirse al llamado amoroso
del Dador perpetuo.

Desmembrado el mundo
en la sangre derramada del Salvador
y llamadas las almas del testimonio
a unirse con el Único bien, en todo,
vendrán muchos
a sentarse con Abraham.

XXIV - Quien tenga sed

Quien tenga sed,
que venga a Mí.

Quien encuentre una luz que se agiganta,
que alumbre desde el seno de su flama,
y atraiga por deseo de tenerla.

Quien, doliente de búsqueda y anhelo,
desdeñando al error y la desdicha,
agrande en el vacío su deseo,

Quien encuentre el tesoro y bien comprende,
que no es de su exclusiva pertenencia
y vendiendo lo propio lo conquista.

Quien tenga sed,
que venga a Mí.

Quien entienda que el Único inocente
es deseoso de unirse a los culpables
por llevarlos al centro de la vida.

Quien persiga ser fiel, quien la justicia,
quien desee en el otro, lo que en sí,
y en sendas del deseo, perseguido.

Quien se engendre en el seno inmaculado
como el Cristo su sangre redentora
y en un solo deseo se infinite.

Quien tenga sed,
que venga a Mí.

XXV - La barca lejos de la costa

La barca lejos de la costa
sacudida por las olas.

La barca lleva en su seno
los hijos de la elección.
Es territorio del Fuerte,
que va explicando al misterio.
La barca protege al alma
que la resguarda en lo seco;
donde se aquietan los fines
que tienen rumbos eternos.
Y está lejos de la costa
sacudida por las olas.

La costa es el punto firme
donde llama la unidad;
donde el Maestro ha quedado
para afianzar las partidas.
Abandonada la costa
e internarse en lo inseguro
esperando a su Maestro
en la angustia de lo inquieto.
Y está lejos de la costa
sacudida por las olas.

Afuera agitan las olas.
Adentro la barca agita.
Agita el viento y las almas,
lejos de Dios y la costa.
Las olas de lo diverso
inconforme de lo amado;
agita el alma alejada
que se apropió de la barca.
Y está lejos de la costa
sacudida por las olas.

XXVI - Vendrán los Ángeles y separarán

Vendrán los Ángeles y separarán,
el ayer por el hoy,
el mañana por el siempre.
Al siglo entre siglos, por todos los siglos.

La conciencia del mal por el abandono del mal.
El miedo del bien por el goce del bien.

La tiranía de la época, por el amigo para siempre.

El viejo será dejado, el verdadero será llevado.

El hombre sujeto será olvidado;
el hombre libre será bienvenido.

Sin sortilegio ni falso misterio,
vendrán los Ángeles, y separarán.

A Dios de dios, a Luz de luz,
a Verdad de verdad,
para el todo-unión del amor perfecto,
a criatura de criatura.

El deseo del uno, sujeto a todo y al anhelo,
del uno libre, en todo UNO.

La fe por la visión.
La esperanza por el goce.
El amor del testimonio, por el amor de la alabanza.

En la claridad que todo aclara;
en la esplendidez que todo sincera,
en la gratitud que todo paga:
vendrán los Ángeles y separarán.

XXVII - ¿Comprendieron...?

"¿Comprendieron todo esto?:
respondieron: "sí".

Bendito Señor del cielo
has hecho grande tu casa,
donde tu sabiduría
que te precede y te escolta
se da en un pan que alimenta
y una bebida que eleva.

Tu palabra se hace humilde
en la fuente y en el fruto,
siendo tan alta en los cielos
y profunda en la tierra.
Se aviene al alma pequeña
y al pequeño sentimiento.

"Comprendieron todo esto?:
respondieron: "sí".

El alma oye la voz
de una propia luminaria,
que se sabe iluminada
y se la siente encendida,
como conciencia de vida
que pide vida a la vida.

El alma ve su sendero
que se orienta a cuanto espera,
ve llegar lo presentido
y atesora lo aclarado;
para dar su corazón
cuando alumbra agradecido.

¿Comprendieron todo esto?:
respondieron: sí".

El Dueño amable del tiempo,
el decidor providente
de los designios del alma.
El generoso de espacios
que mueve el don de lo amado
y recibe al bien que ama.

Comparte al alma su ser
dando a lo propio lo suyo,
vive su vida viviendo
y dando vida convive.
con espíritu maestro
conduce, sabio, a las almas.

"¿Comprendieron todo esto?:
y respondieron su: "sí".

TIMEO
DEUS
TRANSEUNTE
(Temed a Dios que pasa)

Alabanzas
al recuerdo
de lo divino

I – El agrado

Agrada
cuando alguien "es" (autòs-authenticus);
o ante nosotros, ha llegado a ser:
bondadoso, justo, bello.

Lo específico
irradia fuerza constructiva.

Desagrada
cuando alguien no es (o ha dejado de ser):
bondadoso, justo, bello;
y se nos presenta egoísta,
despreciativo o deforme en su conducta.

II – Sinceridad

Da paz cuando la verdad se manifiesta
y se ve plenamente.

La conciencia se pacifica
cuando ve sinceridad plena y nada se esconde.

Intranquiliza
cuando la verdad se oculta,
se tergiversa, o se ha trastocado.

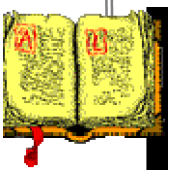
La conciencia se inquieta
en la intranquilidad insincera
donde se oculte algo.

III – Rectitud

En la recta voluntad
el ser se complace en amar.

En la voluntad desviada,
huye, y no desea amar.

Si lo mismo uno se dispone a amar,
al de la voluntad desviada,
ese amor pone en lo amado algo recto,
que lo invita a la bella justicia
de la bondad.



IV – Un paso nuevo

Si tornamos a cuestiones del pasado
queriendo revivirlas
vemos imposible rehacer lo deshecho,
reedificar lo demolido.

Así probamos lo clausurado por la vida,
o Providencia que ya, en lo posterior, va por un nuevo paso.

Vemos lo ya rematado;
aún si en nuestra noción
hay vestigios inconcluidos
y deudas de lo incompleto.
Algo ha sido cerrado que nadie puede abrir.

V – El día

Nuestro interior se complace
con el amanecer del día.
Comprueba que una "voluntad de seguir dando",
no ha cambiado;
y se inaugura un proyecto de esperanza.

Nuestro interior se abruma
al iniciar un nuevo día
que renueva nuestro reclamo
de reconstrucción incompleta
que suponemos sea la vida costosa.

Lo dado, ya fue dado,
y no se quita sino cuando haya pasado.

VI – La verdad

En la verdad estamos;
al mal conocemos.

A la verdad olvidamos;
al mal reconstruimos.

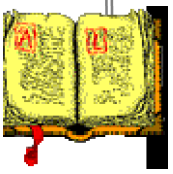
A la verdad amamos,
al mal tememos;
pues, a la verdad castigamos,
y al mal prestamos atención.

De la verdad somos,
y sabemos que nos esperará;
del mal desconfiamos
y nos lleva a aprender más de él.

A la verdad damos pesadez,
al mal perfeccionamos.

Pero la verdad no nos abandonará
hasta el sacrificio final.

El mal cambiará tanto su aspecto
que, al final, se esfumará
en su variable ignominia.



VII – La fe

La fe es un don innato en el hombre.
Pero él puede mortificar ese don con la desconfianza o la mala fe.

Por esa fe el hombre sabe que la esencia de su ser es algo recibido.
Siente que le ha sido dada, la recibe hoy y la seguirá recibiendo.

Solo aceptar esa esencia indica una gratitud
hacia Quien le concede esa esencia, la esencia de lo divino,
fuente esencial que alimenta toda esencia donada.

La desconfianza vulnera la propia esencia,
debilita y vacía el alma en su esencia.
El hombre superficial, que ha cerrado sus espacios esenciales,
hace al hombre insatisfecho que nunca consigue completarse.

La mala fe violenta a las esencias
asestando golpes mortales al alma, ya que debilitada en sí,
deseando elevarse ilimitadamente hacia el extremo de sí misma,
no encuentra satisfacción.
Si quiere unidad buscando apoyo de otros,
es buscar auxilio, buscar consuelo y ayuda junto a un igual.
Una fe que procura sanar.

Persistiendo en la mala fe, o en la desconfianza,
sea de indiferencia, de oposición o de venganza contra su hermano,
conseguirá apartarse del Espíritu, que alimenta su esencia, y morirá.
Es decir, su ser conseguirá apartarse de su esencia divina.
La buena fe, en cambio, ha de hallar paz perdonando,
ha de encontrar motivos de vida, amando,
y podrá brillar en la esencia divina
si ofrenda de su luz para alumbrar a otros.

VIII – La esperanza

La esperanza es un regalo del que el hombre dispone libremente.
El hombre puede buscar unirse a la esperanza, o abusar de ella, o despreciarla.

El hombre se une a la esperanza cuando espera de la vida
aquello mismo que la vida le da.
Ya que, todo lo bueno, va de imperfecto a perfecto,
lo verdadero va de incipiente a fuerte,
lo bello va de impreciso a iluminado.

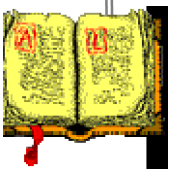
Se abusa de la esperanza si el hombre, en camino de perfección,
se aprovecha del fruto excelente
en la mezquindad de no ofrendarse a otros, con ingratitud.

Se desprecia la esperanza en la injusticia del engaño
y si, en la deformidad de la malversación
se siembra desesperanza con todo acto de desunión.

La vida superflua que abusa de lo convencional
engaña con su atractivo de falso fruto,
y siembra desesperanza sobre lo verdadero menoscabado.

Persistiendo en el abuso o en el desprecio de la esperanza,
se combate el sentido profético de la vida,
que al dar de sí, la vida prepara lo verdadero en los anuncios esperanzados.
Entonces el alma de la desesperanza,
sin ánimo para cruzar el puente que conduce a lo trascendente,
cruza por debajo, por donde ve lo más rápido aunque anuncie peligros,
donde la turbulencia de las aguas ahoga
y los golpes despedazan el atractivo hacia lo verdadero.

La desesperanza promueve la ilusión
de lo que incumplido satisfaga.



IX – El amor

El amor es fuerza vital con que la gracia divina abriga a la criatura,
desde el íntimo secreto, recóndito en el alma,
hasta el vuelo perenne de unión con el Espíritu.
Como un ámbito divino está dado el amor en el hombre.
Pero el hombre puede equivocar ese amor
y denigrarlo en función de fuerza contra lo divino,
amando de sí mismo el camino de soberbia, debilitando ese amor.
O ser contrario a ese amor, organizando circunstancias de abuso de poder,
dañando la vida de otros en función de sus fines de poder
contrario a la senda de lo divino, senda que es todo generosidad.

El hombre se sabe amado al observar la multitud de elementos
y circunstancias que están dispuestos para su provecho temporario o eterno;
de todo aquello que conduce su senda o prepara su providencia.
El amor, como poder divino en el hombre,
es una invitación al ofrecimiento y a la gratitud, y así el hombre pueda mostrarse
magnánimo en la abundancia de su riqueza, y clemente en la vastedad de su poder.

Si el hombre entorpece o deturpa ese amor en su corazón
se rige por una deficiencia artificiosa que deja ingresar a los ámbitos de vida,
acumulando fuerzas impropias, que acrecientan el miedo.
Todo poder parecerá insuficiente, exagerando la falta, y exacerbando el acopio.

Si el hombre contraría a ese amor, y en oposición hostil quiere escapar de él,
consigue utilizar ese mismo amor para su fin de desunión o daño.
Pero, como ese amor es presencia divina nunca conseguirá extinguirlo;
sino mostrarse en contra de ese amor
que lo ubica contra la fuerza de lo propio y contra la fuerza de Dios.
El hombre cruel, sumido en la negación, consigue, desde luego dañarse
o eliminarse a sí mismo, y en el plano del amor puro castiga a lo divino.

En el desamor hostil el hombre castiga a Dios. Venido el Hijo de Dios, el Cristo, al mundo, como verdadero hombre y por hipóstasis, verdadero Dios, puede, en su cuerpo, mostrar en algo, de qué se trata el "sufrimiento" que el hombre infringe a Dios, en el amor, desde el hombre funesto del desamor,
que puede llegar hasta el extremo doliente de desagradarle Dios.

X – El maestro

Antes de la llegada del "maestro"
hay un ámbito en el alma
preparado para recibir la guía del maestro.

El alma acude al maestro
quien representa al saber sabido,
al saber experimentado,
y al saber correctivo.

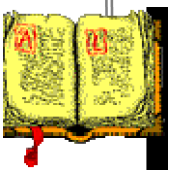
El maestro es poseedor de la imagen
de aquello que el alma busca,
que le ayude a conocer algo de sí misma:
- interpretar al propio pasado
- active la acción del propio presente
- alumbre la proyección del propio devenir.

El alma percibe, no solo, que exista una meta,
sino que esta meta, este fin, posee algo de ella,
y la impele a salir a su encuentro.

Para alcanzar esta meta el alma busca al maestro.

Toda senda de vida posee su maestro.
El maestro es tal
en tanto existe la senda vital.
El maestro conecta la ilación
para que la vida siga su senda.

Cada alma encontrará a su maestro,
lo reconocerá, y deberá seguirlo.



Igualmente, el alma, puede no querer buscar a su maestro.
De encontrarlo puede no querer seguirlo o huir de él;
o puede también contrariarlo,
o querer eliminarlo.

Si el alma no cuenta con su maestro,
puede que la senda igual no se le niegue.
Ella misma pasará a ser maestra de sí misma.
Se arriesga a perder la referencia proveniente
y la referencia consiguiente.

En orden a la vida humana,
de los primeros maestros, entre muchísimos, es el tiempo.

La criatura generada entre las primeras cosas que recibe,
está lo que sigue después del punto de gestación.

Ese consecuente vital está dado gracias a eso que llamamos tiempo.

El tiempo enseña al hombre lo que debe esperar,
lo que abandona, y un valor de cuento posee.

El tiempo es camino de toda dádiva,
y ensancha los espacios del proyecto vital.
Es también, el último maestro
que conduce al hombre hasta las puertas de infinito.

Este maestro renuncia a todo cuanto hizo o dio,
para dar paso a lo eterno,
que significa a lo espiritual imperecedero.

XI – El deseo

El deseo crea en el hombre un espacio interior,
que mientras no se vea satisfecho tal deseo,
ese espacio permanece en un vacío.

Aunque se identifique ese deseo como falta, como fatiga,
impedimento, o escasez,
la medida del deseo que tarda en cumplirse,
lo da la grandeza del contenido
que ese deseo esperaba.

La insatisfacción, en el hombre, puede durar toda su existencia,
en especial, aquella que no acierta a colmar un deseo.

Aunque muchas cosas pretenden cumplir el deseo mayor.
Se busca satisfacción en cosas pequeñas y grandes,
verdaderas y falsas,
pero el mundo de los límites da un límite al deseo,
y lo demuestra, finalmente, no cumplido.

Lejos de ahogarse, ese deseo mayor,
deseaba algo más que tal límite temporal,
deseando algo perpetuo y eterno.

De allí, que todo deseo alimenta el deseo de infinitud,
en tanto el alma desea a Dios,
cumplimiento de todo deseo por siempre jamás.

XII – La bondad

Bueno es quien beneficia.
Extrae de sí algo, que siendo propio y bueno, beneficia a otro, o a sí mismo.

El hombre posee esta facultad distributiva,
de elementos, que siendo buenos, transmiten el bien.
Para el hombre el bien es un servicio.
El hombre no es generador de lo bueno,
sino, agradecido cuando recibe, y generoso cuando da.
El bien procede en la gratuidad.

Solo UNO hay, del que se dice:
"pasó por este mundo haciendo el bien";
y en otro pasaje: "Todo lo hizo bien".

Aquel, el Efector de la realidad del Espíritu,
el Verbo realizador, el transmisor de la Fuente creadora
hacia la Fuente hacedora, el que deriva del Todo para hacer derivar,
el Hijo, Dios taumaturgo, el Ungido, el Cristo, el Salvoconducto,
el Puente, el Salvador, el "Yo mismo iré", el "Yo apacentaré". (Ez. 36-23)

El hombre sirve a este bien originado promoviendo al bien,
pues todo transmite, transforma, transmuta,
indica, enseña, prepara, elige, abandona,
consuela, desecha, previene, conquista.

Para todo servicio de bien el hombre necesita un "pasaje",
un puente, actuante del acto que actúa.

El puente también contiene la condición de la Fuente del origen,
ya que vuelve a originar, vuelve a generar.
"Yo conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen a Mí".
Tal conocimiento indica una convivencia.

Función perpetua del "Hijo", ser del "Padre".
Hasta el punto ínfimo de cada acto vital.

XIII – El tiempo

El tiempo viene sobre el alma como un compañero de un aprendizaje.
Le enseña que la vida fue puesta en un círculo de salvataje.
Que deberá estar sometida por un tiempo a ciclos de la forma,
como esperanza de próxima liberación hacia la luz verídica.

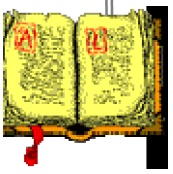
Como los ciclos cumplen sus pasos obligados y consecutivos, el alma debe aprender
a esperar el cumplimiento de los grados vitales.

Por el tiempo, que es en esencia esperar el advenimiento,
el alma tiene ocasión de elegir:
entre: la voluntad propia, la voluntad de la cosa en sí,
o la Voluntad divina o trascendente.
Por el tiempo, el alma tiene ocasión de dar:
ya sea de sí misma, de la cosa en sí, o de lo trascendente de Dios.
Por el tiempo, el alma tiene ocasión de recibir:
sea para sí misma, para otro, o para lo eterno en Dios.

El tiempo es un aliado del hombre:
para esperar y confiar, para desear y renunciar, para amar y ofrendar.
El cuerpo en el tiempo es la ocasión de un profundo testimonio
de ofrecimiento y de servicio para la vida.

El hombre combate contra el tiempo
y el tiempo le responde con la decadencia del ciclo.
El hombre agradece al tiempo
y en cada tiempo se ofrece en servicio para su presente,
y el tiempo le concede al hombre aquello que él espera en su deseo,
en la medida en que el ciclo cumpla su signo.
El hombre reniega de lo temporal
si no obedece a su afán de permanecer en un cierto estado,
o bien, si ocupa su deseo de Dios con lo pasajero.
El hombre reniega de Dios si hace de lo temporal su dios,
y así, equivoca a lo temporal y a Dios.

El tiempo adorna el espacio vital donde el hombre
mueve y se mueve en el ciclo sabio de la materia.



XIV – El lugar

El lugar es para el hombre el continente
de la manifestación de su presencia.
Allí donde exista la presencia corpórea del hombre;
allí donde pose su presencia de espíritu.

El lugar es la conquista del hombre,
del espacio donde proyecte un anhelo de infinitud.
El cuerpo del hombre posee al lugar en el movimiento,
el alma lo posee como posición y pertenencia.

El lugar es un don de lo infinito donde el hombre puede limitar su propio ciclo,
en tanto pueda ir y volver;
pero es ilimitada su proyección
en tanto su cuerpo pueda volver a su posición de reposo habitual.

Un don mayor se da cuando el hombre puede partir su espacio y compartir su lugar.
De este modo se enlaza la proyección del lugar común.

Si el hombre se aleja de su propio espacio,
y no expande su don vital, podría producir:
invasión de otros espacios, o abandono de propias posiciones.
Así cometer abuso, al no compartir el lugar con otros,
o provocar incumplimiento y orfandad en el lugar propio.
Al alejarse de su propia realidad podría perderse,
es decir, perder su posición de lugar, ya que pierde posición de "vuelta".

Si el hombre se cierra en su lugar,
acotando sus límites de espacio sin proyectar su ansia de infinito,
puede equivocar su función de movimiento,
que no será siempre de resguardo del propio lugar,
sino el descubrimiento de un camino que vaya alumbrando su propio infinito.
El lugar le da al hombre una patria donde construir la vida,
desde la posición arcana de su antecedente
hasta el viaje hacia el Espíritu de Dios,
del reencuentro con la patria eterna.

XV – El viaje

El viaje es un anhelo que el hombre posee
desde la fundamentación de su esencia.

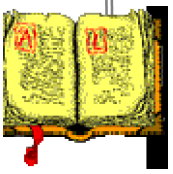
En la memoria más arcana,
de la reminiscencia del vestigio inicial,
desde la función primordial del saber del ser,
convive la fuerza implicada del viaje,
en la fuente de todas las proveniencias
y en el principio de todos los augurios.

Todo, para el alma en la vida, inicia en un viaje.
La novedad maravillosa para la vida del alma
radica en un venir;
y en el desconcierto del mundo que espera y no espera,
que recibe y no recibe al que viene;
y cierra en un irse, el perfecto don de lo concluido,
o el valor alto de la conquista conseguida.

En el viaje se resguarda el contenido de un mensaje precioso
que quiere decirse en la expresión
del alumbramiento de lo divino que llega al alma.

En el viaje, con su sentimiento de despedida,
queda la luz de una gratitud,
que se lleva los pasos de lo asombroso
en el día único que ha vivido el alma,
llevando lo invisible de la unión hacia lo eterno.

El viaje conlleva su destinación,
el hombre buscará con ansia el lugar del destino querido al venir,
y deseará con amor la residencia que le espera,
en el volver, con todo su encargo ya cumplido.
El viaje despierta el advenimiento de toda ensoñación,
y cumple la aspiración de toda realidad.



XVI – El cuerpo

Hombre, ser corpóreo, cuyo cuerpo material
no sabe o no puede responder o acompañar
todo aquello que el hombre pueda concebir
en su libertad a infinito,
de la proyección de la perpetuidad de su vida.

Aunque, el cuerpo del hombre puede realizar innumerables acciones,
que colman la necesidad corporal, y siempre, la respuesta del cuerpo
puede exceder el cálculo de la acción habitual.

Satisface todo aquello que favorece el afán de conservación
que lleva condicionada la vida del cuerpo.

Molesta y da temor todo quebranto, dolor o peligro
que amenaza el curso de la vida del cuerpo.

Hay buena disposición cuando se admite una molestia corporal,
hasta un grado de daño, si esto se soporta
en función de una conquista superior
en el orden a conquistar un ideal de bien, lo cual a esto el hombre llama disciplina.

Hay goce en el alma cuando el hombre conduce a la disciplina
como ofrenda de testimonio de una realidad fructífera;
allí el hombre es humilde.

Hay alabanza gozosa cuando el hombre conduce su fruto de testimonio
hacia la bondad constructiva que tiende a la unidad,
pues, entregada a la divinidad, puede, perpetuo, ese fruto ser de todos.

El cuerpo del hombre es vehículo de la humildad,
que dando su fruto de servicio con generosidad,
diviniza la unión hacia lo eterno.

XVII – La disculpa

La disculpa es una fuerza de lo negativo
que tiende a aliviar la carga
que un alma pueda imponer sobre otra.

Lo razonable, en su búsqueda de equilibrio
no siempre admite la disculpa.

Lo equitativo en su búsqueda de justicia,
no siempre toma como medida
la descompensación de la disculpa.

Pero lo pacífico, con su riqueza,
se alimenta de la intención generosa
que ofrece su buena voluntad en la disculpa.

Aquí es de mayor valor la paz,
que la razón, y en casos, hasta que la justicia.

La gracia de la disculpa se transforma en fuerza positiva
cuando el alma, por libre disposición,
renuncia a un cierto derecho
ante un perjuicio, y libera con disculpa a quien la perjudicó,
en alivio de la carga culpable que obtuvo con su conducta.

La disculpa muestra que esta carga
puede llegar a ser una ficción,
aunque amenace castigo e ilusione venganza.

El hombre posee libre disposición de la disculpa.
La disculpa es vehículo de gratitud,
la cual recuerda
que Dios omnipotente, perdona,
mostrando el poder omnímodo de su bondad.

XVIII – El perdón

El perdón es un regalo divino,
que la divinidad dispone en su voluntad de bien,
de perduración y de amor gozoso.

El Señor Dios otorga el perdón en su infinitud de bondad divina,
a unas criaturas que han ganado en cambio, la condena.
Pone Dios al alma en situación y condición
de poder responder a su amor divinizado,
y por el perdón la vuelve a hacer apta para responder a ese amor.

El perdón se da por gracia.
Se infunde por gratitud y por generosidad se vuelve merecido.
El perdón es gratuito ante la gratuidad del alma que lo acepta.
Certifica la gracia que lo recibe cuando el alma lo pide,
si por el pedido ensancha el deseo e incentiva el ansia,
que hace al perdón abundante y profundo.

El perdón es un contenido de lo divino, de tal calidad
que es allí donde podemos conocer algo
de la "sustancia" del Corazón de Dios, es decir, de la intimidad de su presencia.

El alma puede conceder la disculpa, pero el perdón lo pide al Espíritu divino.

Tal vez la disculpa, que pueda ser imperfecta,
es igualmente liberadora.
Pero pedir el perdón para sí y para otro, es un deber santo
de toda alma unida a lo eterno, por la senda hacia lo divino.

El perdón es un dar que viene dado desde la riqueza de Dios,
que da la vida, y da luego poder vivirla.
El perdón es la donación primera y última, que inicia en el ciclo viviente
y culmina en el infinito perpetuo e inacabado,
que gozará eterno en la fuente de vida perdurable
de la misericordia de Dios.

XIX – El ser

Por el modo glorioso de dar del Dador glorioso, recibimos el ser;
sin ser nosotros, antes de ser, ni llegar a ser por nosotros mismos,
hasta la infinitud del ser.
Sin saber más del ser que aquello que nosotros mismos percibimos,
en la manifestación de nuestro propio ser,
mientras vamos siendo concientes del ser que nos manifiesta.

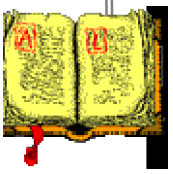
Sin disponer en totalidad de la unidad del ser,
sino solo el aprovechamiento que se hace del ser que va siendo
en la senda variable del tiempo que transita;
comprobando que en ese tránsito de cambios y novedades,
el ser es el mismo, el de antes y el de después,
aunque no fuera igual, antes o después.

Se entiende por manifestación del ser, a los actos o presencias
con los que el ser se dice a sí mismo, y se acopian a infinito.
Su interrupción corresponde solo al deterioro natural del cuerpo
que marcha por sus leyes ineludibles,
de los ciclos clausurados en sí mismos, es decir, que tienen principio y fin.

La presencia con todas las facultades activas del ser no detecta ni principio, ni fin,
según se entiende en el ciclo natural del fin cíclico;
sino que posee principios según la generación de realidades
que manifiestan su interior, y fines que revelan sus ansias de definición de infinito.

La criatura es partícipe de la manifestación del ser,
entendiendo que no se lo dio a sí misma, aunque presiente y siente su propiedad,
siendo esto el modo glorioso con que el Dador glorioso sabe dar.

El ser convive la identidad perfecta de sí mismo, en lo íntimo y hasta en lo secreto,
sabe que el ser es un ser que es, aún por sobre su propio y único ser.
Por ello la percepción de Dios se da en la manifestación del ser, apreciado,
aunque la imaginación pueda suponer a Dios como un "algo" fuera del "ser".



XX – La presencia

La presencia es punto de partida y definición de llegada.
La presencia contiene a todos los estados de la manifestación del ser,
no siendo ella misma un estado o una estabilidad,
sino preparación para todo estado y senda de toda estabilidad.

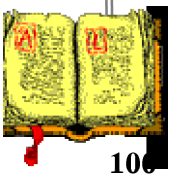
El hombre representa la presencia, la comporta, la lleva a cabo en la acción vital.
Aunque conlleva estabilidad, porque la presencia está ahí,
sin embargo ella transita por el ser,
conservando en el ser los estados de permanencia.

El hombre representa lo que es.
Dios es, y representa en el hombre.
Santa María, en razón de gracia de inmaculada, pudo contener
la presencia del Hijo Unigénito de Dios, Jesús, inmaculado como hombre,
Él contiene por hipóstasis la presencia verdadera del Dios verdadero,
siendo Dios verdadero. Como hombre inmaculado no tiene contradicción alguna
con la presencia de Dios, en su manifestación de presencia de hombre.

En el hombre caído también subyace la presencia divina,
aunque en disidencia, ya que, si se representa a sí mismo, diluye su ser;
pero en cuanto representa a lo divino, reconstruye el ser
de Quien solo tiene el ser: Dios.

En Jesucristo, el hombre es presencia en sí mismo,
en gracia de amor manifestado;
y presencia de lo divino en gracia de amor eternizado.

La presencia, para el hombre, es presencia en Dios, y le constituye toda plenitud.
La ausencia, para el hombre, remite a la ausencia de Dios en él,
le funda todo miedo y lo retorna al miedo fundamental
de perder a Dios, o haberlo perdido.
La presencia es un recuerdo de pertenencia.
La ausencia genera un padecer de impertenencia,
que recuerda a lo divino, sin poseerlo del todo.
"No hay mayor dolor que recordar los días felices, en la miseria".



XXI – El alma

El alma, se manifiesta,
pero aún siendo yo mismo, no sé en donde está.

Conociéndome a mí mismo, no sé todo de ella,
de su conducta, ni de su aspecto.
Apreciando cuanto realizo en la vida,
no llego a determinar lo que realiza ella por sí misma.

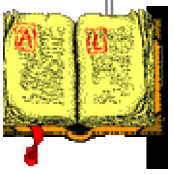
Siendo lo que no conozco,
se entiende que el alma es cuanto desearía conocer en la vida.

Siendo lo que no percibo
se comprende que es todo aquello que querría expresar
de todo el vivir y de todo anhelo.

No sabiendo si dispongo de ella,
es comprensible que todo deseo desea poseer aquello que refiere
a todo el contenido de mi ser, mi alma.

Aquello que sé del alma alcanza para entender que no la conozco.
Lo que percibo del alma basta para comprender
que no entiendo sus ansias.

El aliento que denota su presencia impulsa a disponer del alma para vivir;
y para salir en busca de una vida,
más allá del límite de todo infinito, lo sublime;
para llamar a los secretos de todo hermetismo de belleza,
más allá de cualquier pena o goce;
para pedir a lo incompleto de la vida,
la razón y la sinrazón de toda permanencia
hasta los albores de lo eterno,
donde habita Aquel que ha prometido al alma ser alma.



ALABANZA
al cumplimiento de todos los fines
(La vida eterna)

I – Designio del Padre

El signo de elección del don divino
elige de sí mismo y de su amor;
a cada ser que vive de ese amor,
que siente suyo el don de lo divino.

Regalo por lo eterno del camino
que se complace en dar de su esplendor;
para lucir la esplendidez en flor
y el fruto humilde del perdón divino.

Generador del don de generar.
Recrea la raíz benevolente
de todo bien que plasma en la bondad.

Padre, que viene al Hijo, a reparar
el sello de dolor que el alma siente
junto al Espíritu de santidad.

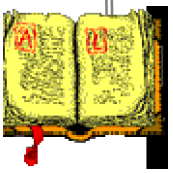
II – Destinación del Hijo

Hijo; del hombre toma propio el llanto;
del alma carga para sí el pecado
agobia en sí, del mundo, el desencanto;
y brota en sangre su dolor callado.

Hijo; de concebido ya perdona;
y en la niñez preciosa aprende humilde
la salvación que en su bondad pregona,
por la obediencia que en amor convive.

Hijo; por una Madre encarnado,
si del cielo venido por los hombres,
y para el alma eterna santidad.

Hijo; une en la fe lo criaturado,
al corazón creado da su nombre
y pone un rostro en la divinidad.



III – Gracia del Espíritu

Espíritu; que ama en el amor,
amando por el Hijo al Padre amado,
como Alma divina en lo creado
que lo creado une al Creador.

Ama en el alma al que ama en el amor;
y en el ardor de aquel amor sagrado
que engendra en el sagrario inmaculado
la sangre del Cordero redentor.

Espíritu, de ardiente admiración,
admirado en su propia luz perfecta,
como un don a sí mismo todo ama.

Da el milagro a la propia Creación;
en la Madre hace al alma su dilecta
en Padre, en Hijo, y en eterna llama.

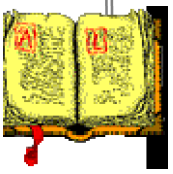
ALABANZA DE DESPEDIDA

Te alaba el día

Te alaba el día por el día digno
coronado de luz y de esperanza.
El sopor de la noche es alabanza
por gracia del misterio en lo benigno.

La vida, que despierta de su signo
cuando abre a la luz, en su confianza;
hasta el fenecimiento de la alianza
en paso de alabanza fidedigno.

Hasta el último fin de lo vivido
prepara su reencuentro el alma alerta,
con todo aquello que el amor despierta,
en la bendita gracia conseguido.

Que nada verdadero está perdido
en la bondad que Dios mantiene cierta.

FIN de: HIMNOS
Homenaje de un alma a la obra divina